869.3
L57h

THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
869.3
L57h

Return this book on or before the *Latest Date* stamped below. A charge is made on all overdue books.

U. of I. Library

MAY 20 '36

9324-S

EL HIJO DEL ANTICUARIO

RAÚL LEVRAIE

EL HIJO DEL ANTICUARIO



BUENOS AIRES

AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA Y PUBLICACIONES

1918

869.3
L57h So. Amer

CAPITULO I

Conrado de Monsegur había cumplido veinte años. Era un hombre hecho; alto, bien plantado, con una figura arrogante de militar y una voz de mando que le imponían como caudillo entre los compañeros de curso.

Peinaba hacia atrás su abundante cabello negro, que solía caer en gruesos mechones sobre la cara, obligándole a rechazarlo con los dedos de la mano derecha abiertos en abanico o con movimientos bruscos del cuello.

Tenía amplia y despejada la frente, grandes los ojos, la boca más que de mediana abertura, tendiendo a aguileña la nariz y marcados los pómulos. En conjunto era una fisonomía varonil y simpática.

De carácter franco y bondadoso, alegre y chacotón, gozaba de una salud a toda prueba y el buen pasar de sus padres le había ahorrado conocer lo que eran necesidades; bastaban "cuatro letras" a su casa para que a vuelta de correo quedaran remediadas. Con lo necesario solía ir también lo superfluo, peli-

groso sistema para un medio como el de la Capital, donde los pasatiempos y diversiones no era menester buscarlos porque le salían al encuentro. Pero si el padre resistía, intercedía la madre y al parecer, con tan atinadas razones, que el dinero iba, sin otro inconveniente en tales casos, que un ligero retardo.

Es verdad, que la señora, acompañaba los fondos con sus consejos, pero el muchacho tenía buen cuidado de utilizar los primeros y guardar los otros para mejor oportunidad.

Cursaba quinto año de derecho. Alumno de condiciones nada vulgares, de clara inteligencia, amaba el estudio y tenía ese amor propio de estudiante, celoso de la primacía, tan útil cuando es bien dirigido, para que no se convierta en orgullosa pretensión. Entre las sentencias que escuchaba a su padre tenía presente una: "procura ser el primero en todo lo bueno".

Había tenido excelentes principios. En su casa jamás recibió un mal ejemplo. Los señores de Monsegur eran los jefes de un hogar modelo, de esos que no es raro encontrar en ciudades de "tierra adentro", modernizados en lo material pero firmes en las ideas y que rinden culto a la tradición. La evolución es de superficie, no de fondo. "La ver-

dad no cambia"—repetía el señor Monsegur cuando alguno pretendía introducir, de puertas adentro, ideas que chocaran con las suyas.

Era la de Monsegur una familia cristiana, donde había orden, respeto a los mayores, se rezaba el rosario todos los días, se daba limosna a los pobres y buen trato a los sirvientes.

Las primeras letras y los cursos preparatorios hízolos el niño bajo la dirección de buenos maestros y en colegios de fama.

Había, así, sólidos cimientos, tanto en lo moral como en lo físico, en aquel "hombre" de veinte años.

Deseaban sus padres acompañarlo durante los cursos universitarios, como que sabían cuanto importa la vida de familia en la crisis de la juventud, pero si el señor de Monsegur era hombre de acomodado pasar en una ciudad del interior, no acontecía lo mismo para trasplantarse a un centro, donde la vida era difícil y mayores las exigencias. Debieron resignarse a enviarlo "con recomendaciones" para una familia amiga, lo que, si no suplía su presencia, era al menos garantía relativa en aquel mundo para ellos desconocido y temido.

La ausencia del hijo dejaba un vacío difícil de llenar en aquel hogar provinciano, dor

de todos formaban un conjunto homogeneo de voluntades y sentimientos, con la armonía que en lo fundamental dan las ideas madres, que son la esencia de la educación. Allí había un pensamiento directriz y un objetivo común. Podían ser diferentes los caracteres, podían tener distintos gustos, pero el mismo gesto caballeresco, la misma nobleza, el mismo sentimiento cristiano, que eran el fondo peculiar del señor de Monsegur, se advertía en el hijo mayor, en las mujeres y hasta en el menor de los hijos, que apenas entraba en la adolescencia.

Habitaba la familia un viejo caserón a medias refaccionado, herencia de la madre, donde nacieron ella y sus hijos, propiedad de su familia desde muchas generaciones. Era de construcción colonial, con paredes colosales de adobe crudo, techos de "tijera" cubiertos de teja, amplios zaguanes y enormes patios arbolados de naranjos. En el primero estaban las habitaciones principales: la sala, el dormitorio de los señores, comedor y escritorio, dos piezas que servían de biblioteca y el departamento del hijo mayor.

Un salón especial quedaba destinado a la colección de antigüedades, a las que era muy afecto el señor de Monsegur. Especie de ca-

pilla cuadraba el patrio y tenía dos aberturas sobre el vasto lienzo de la pared; una, la ventana, con reja saliente, de dibujos poliédricos y barrotes de sección rectangular y otra cerrada por una puerta de algarrobo maciza, labrada por los indios de las misiones, que, según las crónicas, perteneció a uno de los conventos jesuíticos del Alto Paraná.

Las aficiones coloniales de don Félix de Monsegur eran famosas.

No había objeto de algún valor histórico, en los conventos, casas de la familia o de los amigos, que no hubiera sufrido su requisa. Arquillas incrustadas de nácar y hueso, sillones de madera labrada con asiento de cuero, relojes de pared, jarros de plata repujada, mates de todas formas, objetos de los indios, mecheros, candeleros, cuadros, todo caía bajo la indagatoria del coleccionista, con el agregado de que siendo persona de extrema corrección y cumplido como el que más, tratándose de antigüedades, era capaz de cualquier indiscreción.

Con ellas adornaba la casa, que iba tomando el aspecto de una mansión del siglo XVIII. ¡Y qué orgulloso se ponía cuando se elogiaban los tapices que pertenecieron al virrey Sobremonte, la mesa donde se juró obedien-

cia al último Fernando o las espuelas que usaba el general Paz en la batalla de la Tablada!

El dormitorio estaba conservado con la prolijidad con que se guarda en Versalles el de María Antonieta o el de Felipe II en el Escorial. Para ver una cosa de "carácter" había que ir allí. Eran notable, sobre todo, la marquesa de "jacarandá" con patas de columnas salomónicas y gran dosel, la cómoda de cajones con registros secretos, las alfombras tejidas a mano y los quinqués con tenazas especiales para despuntar "el pabilo''. Y más notable, un óleo, que aunque de firma indescifrable, debió tenerla muy afamada, a juzgar por la factura y que colgaba a la cabecera de la cama, donde según tradición de la familia, lo había colocado antaño el bisabuelo de Conrado de Monsegur. Era un descendimiento, con tal expresión de dolor en la cara de la Virgen, tanta dulzura en la del Cristo muerto, tanta tristeza en el ambiente, que, no se diga las mujeres, hasta los hombres y no los más creyentes, se conmovían al mirarlo.

El comedor, por el estilo del dormitorio, era otra habitación de la casa ornamentada a la antigua. Dos vitrinas de nogal con molduras en las cornisas guardaban la colección de ma-

tes de plata con sus bombillas; bandejas del mismo metal que sirvieron en la mesa de los antepasados, como lo atestiguaban las iniciales y las fechas; objetos de cerámica indígena y miniaturas de marfil. Las paredes estaban materialmente vestidas de panoplias, con armas medioevales, otras de fuego, primitivas, flechas de indios y cuadros de las más antiguas escuelas.

Como el dormitorio y el comedor, las demás habitaciones eran una prolongación del museo...

En aquella casa pasaron los primeros años de Conrado. Allí aspiró un ambiente de paz, de tranquila y sosegada vida provinciana; lleno de ejemplos y enseñanzas, empapado de tradición. Ambiente de los que labran surco y marcan en la vida orientaciones definidas; que arraigan hondo en el alma, sin que puedan borrarlas más tarde corrientes contrarias...

Calle de por medio de la casa solariega, estaba la iglesia de San Ignacio, antigua residencia de los padres de la Compañía, maestros que fueron de Monsegur y de sus hijos. El viejo monumento alzaba sus torres seculares mostrando en los flancos las caras pulidas de enormes cantos rodados. No era muy artístico el exterior rudo y tosco del templo, pero imponía respeto.

En esas paredes estaba escrita la historia de tres siglos.

De noche, cuando el anticuario volvía de la tertulia de "malilla", le parecía como que los muros se animaban y comenzaban a contarle cosas viejas. ¡Cuántos recuerdos encerraban que le eran queridos! Recuerdos vagos de la infancia, la primera comunión, las misas que ayudaba cuando acompañaba a su señora madre, las fiestas en que se revestía con sotana roja y sobrepelliz almidonado, el funeral de cuerpo presente ante el cadáver de su padre, las veces que había entrado a rezar cuando le amenazaba una desgracia para conjurarla, o si tenía una alegría para dar gracias a Dios, su casamiento, el bautismo de sus hijos...

Bajo sus bóvedas había exhalado el alma con las plegarias, como lo hicieron sus padres y harían sus hijos, como lo hacían todos sus comprovincianos, para quienes nombrar la iglesia de San Ignacio era nombrar su segunda casa. Conocía las campanas como voces de personas amigas. Ellas le hablaban con sus repiques alegres o redobles melancólicos, con las lentas campanadas del alba o las seguidillas de "la misa de diez"...

Junto al viejo templo, don Félix de Monse-

gur vivía en su casona, sin más preocupación que sus hijos, su museo y la partida de naipes, repetida noche a noche. La vejez avanzaba, pero con el método, la tranquilidad, las aficiones arqueológicas y las ilusiones que le hacía renacer aquel hijo, estudiante en la Capital, los años no le hacían mella.

Para don Félix todos los días eran iguales: levantábase a las cinco de la mañana, tomaba su mate, oía la misa mayor, dedicaba dos horas al museo, almorzaba, dormía la siesta, paseaba, cenaba y remataba su día con la tertulia de "malilla"; todo se sucedía con la regularidad de un cronómetro. Jubilado como empleado de gobierno y con la pequeña renta de algunas casas tenía lo suficiente para cubrir holgadamente un presupuesto, que no cifraba en nada de extraordinario. Era socialmente, sino muy querido, respetado y su familia alternaba con las primeras.

Un pequeño defecto tenía el señor de Monsegur, que poco trascendía, como que ponía especial cuidado en que no lo apercibieran los suyos; de otro modo, y a pesar de su manía de anticuario, hubiera sido un hombre modelo.

Tenía debilidad por el alcohol.

Era su pasión, aunque la tenía a raya. Lu-

chaba con ella, la dominaba, pero no lograba desarraigarla. Cuando en la mesa se bebía el buen vino de Chile, sabía con seguridad si había llegado el límite de la tolerancia, porque se le congestionaba la cara, sentía peso en los párpados y una sensación de vacío en la cabeza; en ese momento, por todo el oro del mundo, no hubiera tomado una gota más. Estaban delante su mujer y sus hijos.

Pero en las tertulias nocturnas, entre viejos amigos, sin testigos molestos y seguro de regresar a su casa cuando todos dormían, solía acontecerle que a fuerza de repetir el trago de "ginebra" o de "anisete", tuviera dificultad de caminar derecho, le costara trabajo encajar la llave en la cerradura de la puerta de calle o se multiplicaran las luces del farol de la esquina.

Ya se había apercibido de ello la señora María, pero sus advertencias se estrellaban en la terquedad del esposo y en la excusa de que "no le hacía daño". No había para qué insistir.

Por mucho tiempo la debilidad del señor de Monsegur no tuvo consecuencias y el secreto quedó entre su mujer y los contertulios. No podía llamarse un vicio por lo limitado del exceso y jamás imaginó don Félix que hubie-

ra de tener otro alcance. Un poco de sensación agradable en el paladar, de alegría, de entusiasmo en la discusión... y nada más. A eso se reducía todo. Para algo era viejo... y el alcohol le reanimaba.

Estaba lejos de pensar que ese hábito en apariencia inocente, en un hombre de su edad y su carácter, no era ni tan oculto, para no dejar huella en su naturaleza, ni tan indiferente como para no haber influenciado el organismo de su hijo!

Porque don Félix era un arterio-escleroso incipiente y Conrado pisaba las fronteras del alcoholismo.

¿Había alguna relación entre las tendencias del hijo y las libertades que con el licor solía permitirse su padre? ¿Era una simple coincidencia o la inclinación enfermiza de Conrado debía atribuirse a una tara hereditaria?

Quién sabe. El caso es que a poco andar su conducta variaba. Libre de vigilancia y de consejos, rodeado de compañeros que no se distinguían por su moral, con dinero enviado por la señora María, contrariando órdenes del esposo, en un medio hostil, en una edad en que el juicio, ni por razón de los años, ni por su temperamento juguetón y confia-

do, pudiera servirle de contrapeso, Conrado cedió.

Los primeros abusos le alarmaron. Buscó subterfugios para explicar su falta, porque el remordimiento le perseguía y en el fondo se conservaba bueno. Pero la voluntad flaqueaba y la pasión se adueñaba del espíritu...

"Al fin y al cabo — se decía — no soy ningún borracho. Me gusta el licor; pero no soy el único..." y recordaba uno por uno los nombres de amigos que en su provincia había visto beber como él; muchachos, estudiantes, empleados, niños que empezaban a vivir... miraba en todas partes los salones, las confiterías, los clubs, repletos de gente, ante las mesas en que se volcaban las copas de "coktails", los "chops" coronados de espuma, los aperitivos... y pensaba que no debía ser tan malo, cuando tantos lo hacían. ¡Pobres razones que no lograban acallar el llamado de la conciencia!

No era fácil advertir la torcida inclinación del muchacho. Primero, porque sus caídas eran pasajeras y la reacción se producía de inmediato y luego porque los abusos dejaban poca huella en su organismo de veinte años. Tampoco resentíanse los estudios, porque re-

paraba con la inteligencia lo que perdía por la holganza y aunque poco asiduo a las clases y de vida desordenada, el resultado de las clasificaciones érale favorable.

Ello y la ausencia hacían que el señor de Monsegur estuviera ajeno a lo que pasaba y que el hábito fuera echando raíces.

Ni podía contarse con la buena voluntad de "los encargados", porque el estudiante se había vuelto voluntarioso, tenía arrebatos de mal genio y como era huésped cumplidor, temían perderlo. Pudo más en el ánimo de los dueños de casa la necesidad de la pensión, para equilibrar el presupuesto, que la dudosa conducta del pensionista. Las cuentas estaban al día, no había escándalos en la casa y eso bastaba para gente que no pecaba de escrupulosa en asuntos de conciencia.

No era un alcoholista, pero llevaba el camino. Comprendía su situación y se defendía, pero en retirada. Caía y se levantaba. Hacía al alcohol muchas concesiones, aunque no dejaba los libros. Protestaba enmendarse todos los días, pero la protesta no resistía a la invitación del compañero o a la sugestión del licor.

¡Si hubiera tenido un apoyo! ¡Un amigo sincero! ¡Sus padres!... pero, ¡librado a sus

propias fuerzas!... y ¡débil! Le faltaba voluntad y el círculo vicioso lo estrechaba cada día más. En la pendiente, el resultado era fatal. Cuestión de tiempo. Un poco más... y estaba perdido.

La única circunstancia que podía favorecerle evitó el peligro inmediato. Terminados los exámenes, debía regresar. De buena o de mala gana, no le quedaba otro camino. Era quebrar el hábito y perder la libertad, pero ¿cómo excusar su permanencia? Sabrían la causa... ¿y entonces? Le halagaba la idea de pasar las vacaciones sin el contralor de los suyos. ¡Y los pobres viejos que le esperaban llenos de ilusiones!... ¿sería capaz de darles ese disgusto?

Andaba descaminado, pero no tanto. El respeto filial quedaba intacto en su alma, como en los días de la niñez. La voluntad flaqueaba, pero el corazón guardaba puro aquel sentimiento hondamente cimentado. Iría. Tiempo quedaba para reanudar su vida...

Pocos días después, viajaba camino de su provincia. Desde el asiento del "coche-comedor", mientras la mirada vagaba por los maizales y las pampas alfalfadas, pensaba en su pasión, para detestarla; en su porvenir com-

prometido, en sus padres sacrificados por él, en el dolor que les daría si conocían sus abusos; en que era un hijo ingrato... y en que no llevaría más a sus labios una copa de aguardiente.

Hundíase el sol en el horizonte y sus últimos rayos se diluían en un firmamento que empezaba a salpicarse de estrellas.

Arrullado por el acompasado balanceo y el murmullo del rodar a sesenta kilómetros por hora, Conrado de Monsegur apoyó el codo sobre la mesa, acomodó el mentón en el hueco de la mano y se durmió, sin acordarse... "que el infierno está lleno de buenos propósitos".

CAPITULO II

Río arriba, quince kilómetros al Oeste de la ciudad, en el lugar de Valle Hermoso, tenía la familia de Conrado su residencia de verano.

Pocos sitios tan pintorescos como aquel faldeo suave, cortado por colinas agrandadas progresivamente hasta rematar en las cimas lejanas de un macizo central.

Las quintas y los "chalets" se escalonaban a lo largo del camino "macadamizado", liso como una tabla, que serpenteaba por las lomadas entre dos hileras de tilos, desprendiendo ramales secundarios que comunicaban con nuevos centros de población veraniega.

El ferrocarril, paralelo al río, bajaba algunas veces hasta rozar la correntada, o se elevaba en terraplenes colgados de las laderas, para evitar las crecidas torrentosas que podían amenazarlo.

Ocupaba la finca de Monsegur una vasta explanada al pie de una colina. Edificio de tipo conventual, de exterior modesto, con tres cuerpos unidos en el interior por una galería

de pilares macizos, de material y techo de paja, remataba en el frente con otra galería amplia y cerrada por ambos costados con las salientes de los cuerpos laterales.

Don Félix era hombre a la antigua y no le gustaba vivir en "jaulas de pájaros". Piezas amplias, techos bajos, paredes sólidas, mucho aire, mucho sol en invierno y sombra en el verano, cercanía de los baños, que los tenía en el río y de los mejores, eso era para él lo principal. De lo demás, poco se cuidaba.

Había hecho casa para un siglo. En uno de los extremos tenía el oratorio consagrado a la Virgen del Carmen y a San Roque, devociones tradicionales de la familia. Un bosque de plátanos y sauces rodeaba el edificio, defendiéndolo de los calores que solían sentirse con exceso.

Para pasar tranquilo tres meses del verano, la residencia de Monsegur era un pequeño paraíso.

Llegábase hasta la casa por una avenida de "carolinos", que se abrazaban en la altura, formando bóveda, alineados sobre una acequia, entre plantas de rosa.

A los dos costados de la avenida estaba la quinta, con fruta escogida.

El señor de Monsegur era amante de los ár-

boles y cuidaba de su finca con el mismo interés con que se preocupaba del museo. En la primavera, cuando comenzaba el brote y los duraznos y perales abrían sus flores blancas y rosadas, aquello era un jardín. Las plantas, en filas diagonales, con los troncos blanqueados y las ramas cubiertas de capullos, parecían canastas de flores. Los mandarinos, vestidos de azahares, perfumaban el aire y alfombraban con pétalos el suelo rastrillado de los canteros y los rosales balanceaban los racimos de mosquetas o los gigantes pimpollos "manto de oro", prendidos de los cercos o encaramados en enormes paraguas de alambre.

Podía el anticuario presumir con su quinta, como se enorgullecía del museo.

Cuando Conrado llegó, la familia estaba instalada.

¡Con qué ansias le esperaba su padre! Ocho meses hacía que el señor de Monsegur no veía a su hijo. Su ausencia era uno de los sufrimientos mayores que Dios le había deparado. Sentíase envejecer y a medida que los años pasaban, exaltábase su sensibilidad de padre y la necesidad de cariño. Pero de cariño cerca, al lado de la esposa, de los hijos, de aquel hijo sobre todo, el primero, que ya

estaba formado, que vendría a reemplazarle en la dirección de la casa.

Pronto iba a recibir su título de doctor.... "el doctor Monsegur"... repetía don Félix con la vanidad infantil que suelen tener los padres... Si habría soñado él, hombre de posición, pero sin ascendiente intelectual ni título universitario, en el día que legítimamente, agregara a su apellido el anhelado "doctor"... "El doctor Monsegur"... volvía a repetir, recalcando las palabras, que le sonaban a deliciosa música.

El anticuario cerraba los ojos y veía en la imaginación a su hijo catedrático de la Universidad, diputado, ministro... Mucho le costaba: sacrificios y dinero, aquel título; pero compensábalos la esperanza... el lustre que reflejaría sobre el apellido... las posiciones que ocuparía... la perspectiva de un casamiento sonado... tantas ilusiones revoloteaban en el alma buena y un poco ingenua de don Félix, que olvidaba hasta la manía de coleccionista.

La llegada de Conrado fué uno de los momentos más felices de su vida. En los transportes de cariño, lo abrazaba, se desprendía de sus brazos para echarse en ellos de nuevo,

lo miraba y volvía a mirar de arriba abajo, reía, se le caían las lágrimas.

—Está hecho un hombre — decía a la madre, contemplándolo con orgullo. — Un año más y no volverá a separarse. Era un año que le parecía un siglo; pero, ¡al fin. el último! ¡Cuándo pasarán aquellos meses! Lo que iba a ser de su vida, de su casa, de su familia... Trabajo le costaba; pero se acercaba la recompensa, la tocaba con las manos... y máquinalmente, repetía otra de sus sentencias favoritas: "el que siembra, recoge".

La influencia bienhechora del medio moderó por unos días los hábitos de Conrado. Se sentía otro. En vez de las sugestiones peligrosas de los amigos, rodeábale la dulce calma del hogar paterno; en lugar del bullicio y las ocasiones, el silencio y el retiro de su casa de campo. Su espíritu en tensión se acomodaba a la sosegada calma. Allí no le costaba ser bueno. Sus padres, hermanos, la vieja casa llena de recuerdos de infancia, los árboles que conocía desde niño, el río donde jugaba persiguiendo las mojarras, las lomadas que trepaba de corridas, los viejos criollos, nacidos en la finca, medieros de su padre... ¡qué bien adormecían su pasión!

Pudo mantenerse así, aislado, lejos del peligro. No lo hizo. Joven, casi niño en su modo de ser, confiaba demasiado en las propias fuerzas. "¿No estaba corregido, acaso? ¿No había prometido solemnemente la enmienda?... ¿Reincidir él?"... Pensarlo sólo, era una ofensa.

En la ciudad, a quince minutos de "auto", estaban los compañeros de colegio, los primos, que le llamaban. Querían verlo después de su regreso. Ocho días de Valle Hermoso empezaban a aburrirlo... En un par de horas podía ir y volver en su "30 H. P." de marca francesa, que corría como un expreso...

¡Una vez más Conrado se dejó vencer!

Lo que pasó en aquella visita es de imaginarse. Era tarde del día cuando volvió con la cara desencajada y la marcha tambaleante.

Casi en brazos, bajó del automóvil, llegó al dormitorio y cayó pesadamente en la cama. Pronunciaba palabras incoherentes y después quedaba en un estado soporoso, como atacado de apoplegía.

No es para descripta la alarma que produjo en la familia.

Si el techo se hubiera desplomado o le hubieran robado su colección de antigüedades

no habría sido mayor la angustia de don Félix.

¡Dos horas antes dejaba a su hijo lleno de vida, y ahora en aquel estado!

Porque "aquello" era grave. El cariño de padre aumentaba el mal y le daba proporciones desmedidas. Todas las desgracias imaginarias que los padres ven siempre sobre la cabeza de los hijos, le venían a la memoria. El no era médico, pero ¿necesitaba serlo para conocer el peligro?

El anticuario se llevaba las manos a la cabeza. ¿Era un ataque de uremia? Así había comenzado el de un amigo, recién fallecido. Los mismos síntomas. Los tenía tan presentes, como que se los había referido la esposa, con todos los pormenores... ¿Un ataque cerebral?... ese sopor y ese delirio... ¿Una intoxicación?... Don Félix se devanaba los sesos, revolviendo sus rudimentos de medicina. Sólo conseguía aumentar su desesperación y la de la señora María, a la que el terror tenía paralizada.

Mientras tanto Conrado roncaba con grandes estertores. Un ligero tufo alcohólico, perceptible para cualquiera que no fueran sus padres, salía de los labios y por la barba corría un hilo de saliva espesa, que la madre

enjugaba con su pañuelo empapado en lágrimas.

—"Un ataque cerebral" — exclamaba, sollozando, la señora María, que miraba a su hijo como para darle la última despedida... "Pronto... el doctor", gritaba, pensando que los minutos estaban contados...

A poca distancia de la finca de Monsegur, veraneaba en Valle Hermoso el doctor César Lagos. Antigua relación de la familia, conservaba con ella vinculación estrecha. En las aflicciones y enfermedades, era el consejero, el médico y el amigo.

César sentía por Conrado un afecto fraternal. Enterado de la urgencia, tomó su estuche de primeros auxilios, metió un bisturí en previsión de practicar una sangría, la jeringuilla de inyecciones, una serie de ampollas con éter, aceite alcanforado, cafeína y salió apretando el paso en dirección a la casa de su amigo.

La forma repentina del mal, en un sujeto de la edad de Conrado, le intrigaba. No sabía qué pensar. A los veinte años... sin antecedentes... un ataque súbito... en verdad que no acertaba...

En la puerta de la finca, le esperaba don

Félix, que con el semblante descompuesto y voz suplicante, le decía: "sálvelo, doctor"... "por lo que más quiera en este mundo"...

Sin detenerse, el médico cruzó la sala, el comedor y entró en la pieza del enfermo. No había tiempo que perder. Abrió el postigo, para examinar a plena luz, se acercó a la cama y rápidamente sus dedos buscaron la arteria en la corredera de la muñeca.

Su semblante, ligeramente contraído, fué serenándose, a medida que sentía latir acompasadamente el vaso, noventa veces por minuto. "Pulso ligeramente acelerado, regular, igual, de buena tensión"—dijo, hablando consigo mismo.

El examen era tranquilizador. Conrado tendría cualquier cosa, pero no estaba "in artículo mortis".

El señor de Monsegur y la señora María, que espiaban sus gestos, tuvieron una sensación de alivio.

Cada vez que César entraba en aquella casa la confianza renacía. Y lo que ocurría en casa de Monsegur era general en la clientela de Lagos. Su fama estaba bien sentada. Dedicado a la profesión, su preparación y talento, a la vez que una aptitud infatigable para

el trabajo, le habían conquistado el primer puesto.

Era de físico atrayente, más bien grueso de carnes, de mediana estatura, cabello negro y abundante, que empezaba a poblarse de canas. Tenía los ojos negros y pequeños, la nariz aguileña y delgada, una boca grande con dos filas de dientes apretados, regulares y en estado de perfecta conservación. A primera vista resultaba terco, pero a poco hablar descubría un fondo de bondad que unido a un carácter firme, un espíritu caballeresco y una mentalidad superior, le granjeaban merecidas simpatías.

Pocos minutos le bastaron para el diagnóstico y mucho dominio para silenciarlo ante los afligidos padres.

Conrado estaba... ¡ebrio!

Era un ataque de intoxicación aguda por el alcohol. Fuera de duda. Las náuseas, los vómitos después, la congestión de la cara, las pupilas contraídas, el estado soporoso, el aliento de olor alcohólico pronunciado, el delirio incoherente, el pulso y las demás funciones regulares. El caso no presentaba ninguna dificultad. ¡Si habría visto semejantes en su clínica del San Cosme, particularmente en la visita de los Lunes!...

¿Se trataba de un hecho accidental, de una imprudencia del muchacho, o era aquello un episodio en un habituado... en un alcoholista?

Una duda terrible pasó por el espíritu del doctor Lagos. Cada vez que el ejercicio profesional le ponía en el secreto de alguna debilidad, de alguna miseria moral, sufría como si se tratara de un miembro de su familia. "Que no te llegue al corazón", le había aconsejado una vez un viejo médico. Pero él no podía mirar impasible ciertos males. Los cuadros de dolor y miseria los refería a los suyos.

Si moría una madre de familia, pensaba en los pobres huérfanos, en el esposo viudo, en lo que sería su casa, si lo que Dios no permitiera, faltaba su compañera... Si era un niño... sufría con los padres. Si se trataba de males morales, le apenaba el porvenir...

Ante el secreto del amigo, César se turbó. Acabado el examen, tranquilizó a los padres y salió. Quería respirar libremente. Lo que acababa de ver y de saber le oprimía como una mano en la garganta. La agitación interior era tan viva que temía delatarse...

Bajó la escalera y siguió por la avenida de carolinos. Sofocaba el calor. Un calor de

tormenta que instintivamente hacía mirar al cielo. Tras los cerros asomaban gruesos nubarrones cenicientos de aspecto amenazador, avanzando sobre un cielo de intenso azul obscuro. En el camino se acercó a un rosal y arrancó un pimpollo rojo...

Llegó al final de la calle, atravesó la carretera calcinada por el calor de la tarde y tomó el sendero de la izquierda, por el costado de un cerco vivo de madreselvas y campanillas.

El sendero se apartaba a poco andar, descendía en rápida pendiente hasta salvar un arroyo alimentado por las vertientes de las laderas vecinas y subía de nuevo en una extensión de doscientos metros, hasta la quinta del doctor Lagos...

A lo lejos, el perfil de la montaña se perdía entre las nubes del horizonte. Enormes nimbos levantaban sus torbellinos grises coronados de relámpagos.

César moderó el paso. Le embargaba un dolor profundo, una pena íntima... Su amigo... Aquel joven que era una promesa... Que seguía siendo una promesa para los padres... ciegos... desgraciadamente ciegos... ¡borracho!...

Con esa visión trepó la lomada y llegó a su casa.

Los niños le salieron al encuentro abriendo los brazos. César los estrechó contra su corazón. Los cariños de la inocencia atenuaron la triste y repulsiva silueta de Conrado.

CAPITULO III

Una mañana fresca y pura sucedió a la tempestad de la noche.

La atmósfera transparente, barrida por la lluvia, dejaba percibir hasta los menores detalles de los faldeos lejanos. De los gruesos nubarrones sólo quedaban pedazos de gasa enredados en las copas de los árboles, que empujaba la brisa del sud, saturada de peperina y olor de tierra mojada.

El sol teñía las laderas, proyectaba en los valles las sombras de los cerros y mostraba en las quebradas la arboleda con sus copas apretadas para protegerse de los rigores de la altura. Sobre el verde del césped alzaban los peñascos sus caras rugosas, lavadas por la lluvia, incrustadas de mica que brillaba como chispas.

El concierto de la mañana se levantaba de todos los rincones. Cantos de pájaros, sonoros cacareos, balidos de corderos que dejaban el redil, mugidos de lecheras clamando por las crías, música del viento entre las ramas,

rumor del arroyo entre las piedras. La naturaleza toda rendía sus gracias al Creador...

La luz, que penetraba de lleno, despertó a Conrado. Después de doce horas de sueño los vapores del alcohol se habían disipado, como las nubes de la tormenta. Incorporado en la cama, miró alrededor con la sorpresa del que vuelve de un largo desmayo. Sus facciones tenían los rasgos regulares, los miembros se movían con la ordinaria agilidad, la cabeza estaba de nuevo despejada y clara.

La señora de Monsegur se acercó para besarlo. ¡La ciencia del doctor Lagos, qué prodigios obraba!...

Conrado sintió el beso como la voz de la conciencia que le reprochaba su falta y renovó instintivamente su propósito de enmienda. La mirada de la señora María le aseguraba que su secreto no había sido traicionado. Era en el fondo un alma noble y buena; la pasión lo vencía, pero reaccionaba y procuraba la enmienda. En su espíritu se libraba un combate de todos los días, entre el vicio... y el deber, el cariño a sus padres, sus creencias religiosas, su dignidad personal, su porvenir de estudiante... ¡Quedábanle siempre sus reservas morales!

Esa mañana el remordimiento fué más

amargo que nunca. Su conducta había sido indigna. Era un mal hijo... un degradado... un mal caballero... ¡Así pagaba los sacrificios y cariños de sus buenos padres!

Una lágrima, un solo desvelo, una pena ocasionada por su culpa, merecía el más severo castigo. Y lo del día antes... embriagado... borracho. Gotas de sudor le humedecían la frente y el corazón palpitaba agitado. Iba a contarlo a la madre para descargar de ese peso la conciencia... Pero tuvo miedo... vergüenza. Mejor era que no supiera... ¿No amargaría el corazón de aquella madre tan bondadosa?... ¿No lo contaría ella a su padre?...

Se franquearía con su amigo, con el doctor Lagos. Lo conocía bien. Sabía que era capaz de honrar su juramento. César le había repetido alguna vez el texto de ese compromiso sagrado que el médico contrae al término de su carrera... "juro que mis ojos serán ciegos, mis oídos sordos, que mi lengua callará los secretos que se me confiaren". Estaba seguro de que no faltaría a su deber, por nada del mundo. Pero con todo, sentía que los colores le subían a la cara al aproximarse su amigo.

¡Qué vergüenza!... ¡le había visto ebrio! Esa palabra sonaba en su oído como una acusación, como la voz del honor mancillado, de

sus padres ofendidos, de Dios que pedía justicia. La caída había sido demasiado ruidosa. Así fueron de nuevo los propósitos de enmienda. Para ayudarlos, puso mentalmente testigos; el Crucificado que estaba en la cabecera de la cama; la Virgen de los Dolores, su devoción de niño; su padre, que le miraba desde el retrato, suspendido en la pared...

¡Y que todo le aconteciera por débil!, por miedo de decir "no", al compañero que le invitaba a pasar el rato en el club...

Un ruido de pasos firmes sobre el mosaico de la galería y una voz de timbre varonil que conocía desde niño, le apartaron de sus reflexiones.

—El doctor Lagos—anuncio el sirviente, golpeando con los nudos de la mano sobre la puerta del dormitorio.

—Que pase—ordenó Conrado.

César Lagos y Conrado de Monsegur eran, a pesar de la diferencia de edad—diez años al menos—dos buenos amigos. Cuando aquél se inició en la profesión, entre la mejor clientela por la puntualidad con que satisfacía sus honorarios y la eficacia con que le recomendaba entre sus relaciones, contó a la familia de Monsegur. Conrado fué su cliente con ocasión

de una fiebre grave, que afirmó los prestigios del joven doctor. Con esa curación, comentada en todos los círculos, "entró de moda".

Desde entonces arrancaba su amistad íntima. César era, no solo amigo, sino consejero. Ejercía sobre Conrado el ascendiente de un hermano mayor. Para César, Conrado no tenía secretos. Cuando le contaba algo muy reservado, que podía merecer un reproche, desdoblaba la personalidad de su amigo y muy en serio le decía: "Es al doctor Lagos a quien hablo y no a César".

Eran, además, dos temperamentos que se complementaban. La seriedad y la discreción de Lagos, su carácter retraído, su fondo romántico y melancólico, alimentado por la vista continuada de la miseria y del dolor... y la alegría expansiva de Monsegur, su corazón bueno, sus impulsos irreflexivos de niño grande...

Conrado le esperaba con los brazos cruzados y los ojos bajos. Horas antes, era para él, camarada y amigo, caballero y hombre de bien. Ahora... ¡sabía toda la verdad!

El doctor pidió que les dejaran solos, cerró la puerta y se sentó al lado de la cama. Hubo un instante de silencio angustioso.

—Querido Conrado—dijo en seguida, con su natural afabilidad, estrechándole la mano.

—Querido César — respondió el joven, que sintió renacer la confianza, ante aquella mano que se tendía cariñosa...

—Tengo que hablarte seriamente — prosiguió Lagos, mirando la puerta con recelo para estar seguro de que nadie escuchaba.

—Ayer te he visto... ¡en un estado!... que en verdad, no podía sospechar...—y sus ojos se fijaban sin pestañear en los de Conrado como exigiendo una explicación.

Llegaba el momento temido.

—Tienes razón—interrumpió Conrado, adelantándose a abrirle su conciencia.— Me has visto... sí, voy a decírtelo yo mismo... me has visto como nunca habrías creído ... ¡ebrio!

Qué vergüenza. ¿Por qué viniste? Tú tenías de mí otra opinión. Ahora, ya lo sabes: ¡borracho! Ya que conoces el secreto, voy a decirte la verdad. Hablo al doctor Lagos. Eres demasiado bueno y sabrás perdonarme.

Conrado continuó, presa de una agitación cada vez mayor.

—No es ésta la primera caída... otras he tenido, aunque mis padres lo ignoran todo. Primero fueron los amigos... después... no sé qué secreto atractivo... como si hubiera en

mi naturaleza una predisposición enfermiza, irresistible.

Quiero reaccionar, pero la voluntad me abandona. Confieso mi falta César. ¡Feliz de ti que sabes vencerte! Si hubieras estado a mi lado, me habrías sostenido. Tú eres amigo sincero, los otros... interesados de ocasión. Sé que esta confidencia no saldrá de tus labios, pero el hecho de que lo conozcas me entristece y me abruma. Soy indigno de tu amistad.

—Tranquilízate—dijo César vivamente emocionado ante la confesión de Conrado, dando a su palabra un tono de afectuosa reconvención.—Es cierto que has caído, pero no es tan malo caer como perseverar en la caída. Y acabas de decirlo, estás resuelto a corregirte. Sabes tu obligación... lo que te espera mañana. Tienes talento, creencias, juventud, ¿qué más necesitas para evitar la reincidencia?

Adelante. Nada impedirá que sigas gozando de la consideración de los tuyos, de los amigos, que termines tu carrera con el brillo con que la has iniciado, que formes un hogar...

César procuraba con exquisita prudencia alentar los propósitos de su amigo. No se le ocultaba el peligro. El alcoholista difícilmente olvida. Pero era un psícologo y un gran corazón. Sabía con qué cuidado hay que acer-

carse a las almas extraviadas para sacarlas del error, a las almas lastimadas para curarlas. En vez de condenar airadamente y de pintar con negros colores, atenuaba, moderaba, hacía como que no daba a lo sucedido mayor importancia, apelaba a los sentimientos caballerescos, tocaba el amor propio, disculpaba...

Frente al arrepentido sentía más lástima que indignación, más caridad que enojo, más deseo de calmar el dolor que de avivarlo con reconvenciones inoportunas.

La conversación duró largo rato.

—Me lo prometes—dijo al fin, despidiéndose.

—Sí—respondió Conrado, con un acento de sinceridad que no dejaba dudas.

—No hablemos más. Esta tarde te espero a la hora del te—agregó César, torciendo el picaporte y abriendo la puerta.

—Pueden estar tranquilos, todo ha pasado, lo he dado de alta—manifestó al salir a los señores de Monsegur.

A una distancia aproximada de quinientos metros, frente a la casa de Monsegur, estaba el "chalet" del doctor Lagos. Con dos pisos superpuestos, tenía en el bajo un amplio "hall", que se abría a una terraza toldada de enredaderas. Allí tenían acceso la sala, el comedor,

un pequeño escritorio y la escalera que comunicaba con los dormitorios del piso alto. El techo de dos aguas, en pendiente rápida, cubierto de tejas rojas, se distinguía a la distancia entre las otras construcciones de Valle Hermoso. Desde la terraza se gozaba del más pintoresco paisaje serrano. Las quintas y el caserío, desparramados en un terreno accidentado y cruzado por la franja del camino, se perdían en el horizonte.

Por una quebrada, hundida en la entraña de la sierra, asomaba el río entre peñascos y saltos, caminando hacia el valle. El ferrocarril avanzaba atrevido por curvas y cuestas inverosímiles, como si fuera a estrellarse contra los macizos que le cerraban el paso. Al occidente, coronando enormes cerros de dorso liso, una serie de picachos puntiagudos remataban las cumbres.

De noche era el cielo; un cielo limpio y transparente, sin manchas de nubes, que la mirada penetraba hasta el infinito.

Un césped apretado como alfombra, cortado por caminos ondulantes, bordeaba la casa, y cerraba el terreno una verja de madera labrada, forrada de rosales y madreselvas. Detrás de la casa, abrigándola de los vientos del sur, se alzaba un cerrito, con sus flancos ves-

tidos de arbustos y pajonales y su vertiente de agua cristalina. En la cima había mandado construir la señora de Lagos una glorieta rústica, con techo de paja y asientos de troncos sin labrar.

Al atardecer de aquel día, el sol atenuaba su temperatura de fuego. El toldo de la arboleda proyectado sobre la terraza invitaba a respirar las primeras ráfagas enfriadas por la sombra.

Era el sitio predilecto de las tardes, para Estela, la hermana del doctor Lagos. Allí estaba entregada a uno de los placeres del espíritu: la lectura.

Por las líneas juveniles y la frescura de la piel, aparentaba tener dieciocho años. Vestía con sencillez una falda de cuadros blanca y negra, blusa de seda blanca con los puños vueltos sobre las mangas, cuello volcado sobre la espalda, medias y zapatos claros. Era de ojos grandes y encapotados, nariz pequeña levantada en la punta con ligera saliencia de los cartílagos, cejas negras como el cabello, boca reducida con suave prominencia del maxilar, frente tersa, talle delgado y flexible.

Sin ser una belleza, tenía la hermosura de la criolla fresca y sana.

Como su hermano, era un alma sentimental con dejos de romanticismo. Gustaba con fruición de la buena lectura, la música y el dibujo. Creyente sincera, las prácticas aprendidas en el hogar cristiano informaban su vida. Era, además, de un espíritu selecto y cultivado, de un carácter firme, y quería entrañablemente a su cuñada y a su hermano, que hacía para con ella las veces de padre.

A la misma hora, por el sendero del valle, Conrado de Monsegur caminaba para corresponder a la invitación de su amigo César Lagos. No tenía prisa por llegar. Aunque César le había tratado con el mismo cariño, sentíase culpable y avergonzado.

Apreciaba la conducta exquisita de su amigo, pero un elemental sentimiento de decoro le decía que en su concepto estaba disminuído. Que en aquella invitación había más de cortesía que de amistad. Que no volvía a aquella casa con los mismos prestigios de estudiante y de hijo modelo, de hombre de porvenir...

Estuvo varias veces indeciso, pero dudar de la sinceridad de César, era inferirle una ofensa gratuita.

Sentía además picada la curiosidad por ver

a la hermana de Lagos. La señora María, con cierta reticencia le había dicho al despedirse.

—Allí encontrarás a Estela. Está hecha una reina y es buena como un ángel. Llévale mi saludo... y dile que pronto la espero.

Antes de que la niña hubiera advertido su presencia, Conrado la observaba, tras la verja de madera. ¡Cuánto había cambiado! La señora María no le engañaba.

Estela proseguía inocente la lectura. Su gracioso perfil resaltaba sobre el verde oscuro del follaje. Las ráfagas levantaban el cuello de la blusa y jugaban con sus cabellos; el busto seguía el suave ritmo de la respiración y los párpados, como una cortina, ocultaban los ojos bajos e inmóviles sobre el libro.

Estaba tan absorta, que Conrado pudo contemplarla un largo rato.

La hora, la poesía del paisaje, la melancolía de la tarde que moría, hacían marco a su hermosura juvenil y daban a su figura una sugestión que agitó involuntariamente el corazón del joven.

Temeroso de que pudieran sorprenderle, llamó.

Estela levantó la hermosa cabeza y las miradas se encontraron.

CAPITULO IV

Habían pasado dos meses y ya para nadie era un misterio en Valle Hermoso, ni la asiduidad con que Conrado de Monsegur cortejaba a la hermana del doctor Lagos, ni las inequívocas demostraciones con que ella aceptaba los festejos.

Lo que comenzó por una mirada incidental, estaba a punto de trocarse en formal y definitivo compromiso.

Cuando Conrado se creyó seguro, abordó el asunto seriamente.

Era menester que la hablara, que le ofreciera su nombre, que le dijera todo el cariño que había en su alma.

¡Cuántas ocasiones estuvo a punto de hacerle esta confesión! Pero no encontraba el momento, y cuando éste se presentaba, faltaban las palabras. Conrado era un muchacho, le retraía la natural cortedad y la gravedad del tema.

César mismo parecía dificultar las cosas. ¡Y aquello que él sentía en su interior no podía

decirlo ante testigos! Necesitaba estar solo, solo con ella. El momento llegó. Siempre llega cuando el amor está de por medio.

Fué en un paseo campestre, número obligado en la temporada veraniega.

¡Cuántas cadenas se han forjado así, caminando lado a lado, un joven y una niña, en la quieta soledad de las tardes serranas!

Descendía el sol sobre las cimas. La fila de parejas, al tranco de las cabalgaduras, de dos en dos, a distancia, como para hablar sin ser oídos, iba en dirección a la quebrada. Las sombras avanzaban sobre el valle, y las copas de los árboles estiraban las suyas, sobre el camino, abultadas por la luz horizontal del ocaso. La senda tortuosa, bajo un toldo de arboleda multiforme, vadeaba repetidas veces el arroyo, que se presentaba por sorpresa a cada vuelta. Los viejos troncos envueltos de lianas y los "cocos" de follaje siempre verde escalonados en las faldas, trepaban como soldados hacia las cumbres.

A medida que se internaban, se alejaba la luz, y el paisaje acentuaba su nota de suave poesía...

Conrado cabalgaba a la derecha de Estela. Nunca le había parecido más seductora. Frente al crepúsculo, su perfil se idealizaba .. Su

mirada incierta reflejaba la indecisión del que espera una grave confidencia, mientras sus manos pequeñas, ligeramente trémulas, empuñaban las riendas...

—¡Estela!—dijo Conrado, con voz tímida, acercándose a la niña. Ella volvió la cabeza y lo miró como la primera vez en la terraza de la casa de Lagos...

—¡Estela!—repitió suplicante, alentado por su mirada de infinita ternura...

—¡Conrado!—contestó ella, en un tono que parecía decirle: ¡habla!...

Conrado habló.

En frases cálidas volcó todo el fuego de su corazón juvenil, con esas palabras que no se aprenden en ningún libro, pero que brotan de todo pecho cuando los ojos de la mujer predestinada han encontrado los nuestros y han vibrado juntos los corazones. Fué como un dique que se desborda. Todo su cariño se derramó en el alma de Estela. Juramentos de amor, súplicas, protestas de fidelidad, promesas, ilusiones, planes para el mañana, la vida imposible sin ella, el temor de un "no", peor que la muerte...

La noche que se acercaba borrando la imagen de los objetos y confundiéndolos en el mismo tono obscuro, ocultó el rojo de las me-

jillas de Estela y los hondos suspiros que dilataban su pecho al escuchar la declaración de Conrado.

—¡Dime que sí, Estela!—insistió él, por última vez.

—¡Sí!...—balbuceó la niña, subrayando la palabra con un gesto afirmativo.

Las estrellas llenaban el firmamento después de los últimos arreboles y las luces del caserío de Valle Hermoso, ardían sobre el negro fondo de las lomadas.

—¡Gracias, Estela!... ¡Mi Estela! Déjame que te llame así—murmuró el joven.—Pongo a Dios por testigo de que cumpliré mi promesa.

Era ya noche cerrada. Las cabalgaduras apretaban el paso de vuelta, y los jinetes silenciosos meditaban en los misterios de la hora. Una tenue claridad marcaba la huella, que haciendo curvas rodeaba las lomadas hasta la finca del doctor Lagos.

El compromiso de Estela y de Conrado se comentó al día siguiente en todos los corrillos de Valle Hermoso. Hay secretos que se descubren por sí solos. No se hablaba de otra cosa.

La señora de Monsegur no ocultaba su com-

placencia. Estela era una niña de mérito, amiga de la casa, buena cristiana, instruída, de posición, ¿qué más podían pedir?

Lo mismo acontecía a don Félix, que tenía sobre el casamiento ideas propias. Le gustaban los matrimonios jóvenes.

—El que no tiene vocación para meterse a un convento—decía—debe casarse pronto. El casó de veintitrés años y no se arrepentía.

—Tu cumples veinticinco el año entrante—observaba a Conrado — y estás en muy buena edad. Dos años más que los que tenía tu padre. Terminas tus estudios, te inicias en la profesión y te preparas para que... el señor cura remate el asunto. No necesitas renta. En mi tiempo, lo hacíamos con cuatro muebles y vivíamos felices, sin preocuparnos de que el presupuesto alcanzara para adornar la sala, comprar "auto" o abonarse a la compañía de ópera.

—Vale más un pobre mobiliario—proseguía—con mucho cariño, que casa lujosa, ricos trajes y mucha servidumbre, con matrimonios a la moderna, en que el marido pide permiso para entrar al departamento de "la señora" y la señora espera que "el señor" baje de sus habitaciones, para servir el almuerzo... La época se paga mucho de la forma y poco del

fondo, mucho del dinero y poco de la virtud. No es ese el camino de la felicidad...

—Has elegido bien, Conrado— continuaba diciendo, mientras examinaba el anverso de una moneda, acuñada el año veinte del siglo pasado, sobre la cual los catálogos no daban ninguna noticia.—Estela es digna de ti.

Los señores Monsegur estaban seguros de que tendrían una hija más.

¡Para qué hablar del contento de Conrado! La alegría le rebalsaba el alma. Se sentía otro. Los sentimientos más nobles brotaban al calor de aquella pasión casta y pura, que idealizaba su vida, que alumbraba el porvenir, que le alentaba a luchar y le hacía bueno, como si la dicha interior que sentía se revelara en todas las cosas!

Acercar a los labios una copa de licor, le habría parecido una profanación. No volvería a reincidir en un hábito que podía quitarle tanta felicidad. Cumpliría su propósito, ahora, sabiéndose amado, de la que el cielo le deparaba como sostén en la vida...

¡Aquellos transportes no podían ser efímeros, ni aquel entusiasmo podía apagarse!...

También Estela soñaba. Las ilusiones abrían sus alas de mariposa. Nacía en su alma la flor del amor con la delicadeza con que abren

los capullos en las mañanas tibias. Sentía una conmoción extraña, a la vez dulce y penosa. Ya no era ella. Sus pensamientos iban lejos, vivía para Conrado. Si se adornaba era para agradarle. Si arrancaba flores, era para obsequiarle con ellas... había renunciado a sí misma.

¡Sublime renunciamiento del amor que se consagra por entero al ser amado!. .

Pero en la limpidez de aquel cielo, iba a levantarse una nube... Con la primera flor nacía la primera espina.

César estaba seriamente alarmado. Las relaciones de su hermana y de Monsegur cambiadas de naturales simpatías, en idilio con visos de noviazgo, despertaban temores y preocupaciones harto fundadas. Tenía razón. Fuera de las que conocía, otras referencias le habían llegado sobre la conducta de Conrado. Su pasión era más honda de lo que suponía.

¿Estaría realmente enmendado, o era un paréntesis, por la influencia de familia, la simpatía por su hermana y el contralor de sus relaciones en Valle Hermoso?

Quería a Estela como a una hija y tenía para con ella responsabilidades de padre. Estaba convencido, es cierto, de la sinceridad

del amigo, pero dudaba de su perseverancia.

¿Qué hacer ante la situación creada? Sondó el corazón de la niña y descubrió con asombro, que hondas raíces tenía el amor hacia Conrado; en un instante, sin advertirlo él, como una chispa que hubiera caído en el inflamable... ¿La destruiría?

¿Y si su amigo estaba realmente corregido, por qué cerrarle las puertas? ¿No era un caballero...?

Los que son padres pueden comprender el conflicto planteado en la conciencia de César Lagos! si se hubiera tratado del presente! Era difícil encontrar mejor candidato. Pero no era cosa de un día, debía mirar lejos. No era un lazo pasajero, ni una cadena que pudiera cortarse. Una vez unidcs... ¡para siempre!... ¿Y si algún día retoñaba el vicio, en apariencia perdido?

El viejo adagio le venía a la memoria: "el que ha bebido, beberá". ¡Había tenido ocasión de comprobarlo tantas veces en su vida de médico!

¡Si consentía y su hermana era víctima de un alcoholista!...

Estela no podía medir el alcance de sus temores. Era en aquel momento una ciega. Pero él, el hermano que hacía de padre; el

médico que conocía el horror de los hogares arruinados por el alcohol; lo efímero de los propósitos en hombres de voluntad débil, ¿podía callar?

El conflicto exigía una solución a breve plazo.

César maduró las cosas. Hombre prudente, pesaba los argumentos antes de decidirse y una vez resuelto iba adelante sin vacilaciones.

Hablaría a Estela. Le diría todo lo que era compatible con su secreto profesional. Pero ¿no era tarde para apagar el incendio? ¿no había arraigado demasiado la planta para arrancarla de cuajo? Su oposición ¿no sería contraproducente?...

Estela era de un fondo moral austero; respetaba a su hermano, pero tenía su genio, su amor propio. Una vez empeñada en algo era difícil que desistiera. Por mucho menos que eso había tenido diferencias y disgustos, que si eran pasajeros, perfilaban un temperamento capaz de resistir en cosas de mayor monta...

A pesar de todo, era su deber. Si su hermana se encaprichaba, si llegaba al extremo, que no fuera con su silencio, que le parecía criminal. Ella era la primer interesada. Si se echaba a la suerte en negocios como el ma-

trimonio, que lo hiciera a sabiendas. No podría más tarde culpar más que a sí misma.

¡Lo que dirían de su actitud los señores de Monsegur! No le importaba. Cumpliría con su deber, resuelto a todo. No podía violar el secreto, ni dañar a su amigo. Cargaría con el enojo y con la crítica.

Por de pronto, pretextaría una excusa y llevaría a su familia lejos de Valle Hermoso. Después, procuraría disuadir a su hermana.

Consultó con Sara, su esposa. Nunca tomaba una resolución de importancia sin su consejo. Muchos años de matrimonio habían afirmado la unión de la pareja que hacían los esposos Lagos. El amor se había doblado con la amistad, el mutuo respeto y la confianza sin límites. César tenía de su esposa el concepto de una santa. Y lo merecía. Mujer de hogar, instruída, culta, caritativa, piadosa, era además dueña de casa con calidades de gran señora.

Estaba ajena a lo que pasaba. Algo creyó notar en el carácter de César, como cuando le contrariaba un enfermo grave o un asunto difícil, pero callaba por discreción. Lo atribuía al trabajo intenso, porque César se sacrificaba, se gastaba por sus enfermos.

Cuando él la llamó inesperadamente, desde

el escritorio, tuvo miedo. César la tranquilizó, no se trataba de una desgracia de familia, de una enfermedad.

—Quiero hablarte de Estela—dijo el doctor Lagos.—Me preocupa seriamente.

—No comprendo—contestó Sara, desconcertada.

—Escucha. Sabes sus amores con Conrado. Todo Valle Hermoso comenta el noviazgo y me felicita por él. No sospechaba que las cosas estuvieran tan adelantadas. Tu misma, querida Sara, ¡estás tan contenta de la suerte de tu hermana política...!

—Y bien, ¿qué significa ese tono misterioso?—interrogó ella con alarma.

—Que eso no puede seguir adelante—dijo gravemente el doctor Lagos.

Sara argumentó. ¡Era posible! Conrado... su amigo... íntimo de la casa, no sería digno... ¡O acaso Estela!...

—Conrado, sí—dijo César, pasando la mano por la frente, como para disipar una idea que le obsesionaba.—Es bueno, inteligente, un caballero, pero me han llegado referencias de su conducta anterior... y temo, temo por el mañana. No me preguntes más. Lo que sé por terceros podía pensarse que lo conozco bajo el secreto profesional y debo callarme.

Me aterra pensar que mi hermana pueda ser desgraciada.

Ayúdame en la obra. La felicidad de nuestra hermana lo exige. Agotaré todos los medios. Sé que tendré grandes contrariedades, pero ante todo, el deber. Que quede en salvo mi responsabilidad de hermano y de padre.

Sara sentía por Estela un afecto sincero. No lo hubiera sentido mayor por una hermana carnal. La confidencia de César la había destrozado. Ante la insinuación de su esposo, comprendió. Por toda respuesta sacó el pañuelo y secó la primera lágrima que derramaba por aquella hermana, hasta ese momento tan feliz...

César la estrechó contra su corazón.

Una turba, como bandada de cotorras, entró por asalto en el escritorio, cubriendo de cariños a los padres mientras volcaba sobre las sillas montones de piedras y frutas recogidas en la quebrada.

CAPITULO V

El hospital de San Cosme era uno de los pocos edificios coloniales, todavía en pie. Emplazado en el centro de la ciudad, junto a la iglesia del mismo nombre, su construcción, en parte renovada, conservaba algunas dependencias primitivas, notables como curiosidades arqueológicas. Entre ellas, la sala de "los nichos", llamada así por los espacios vacíos empotrados en la pared, destinados a ocultar a medias la cama del enfermo, para realizar un principio de aislamiento que en épocas remotas era un verdadero progreso.

Muchas generaciones de médicos pasaron por sus salas. Durante tres siglos fué, puede decirse, el único establecimiento hospitalario, que sirvió, no sólo las necesidades de la ciudad, sino también de la provincia. Las bóvedas de sus claustros escucharon muchos lamentos y las paredes de sus servicios podían referir la historia de muchos dolores.

El doctor Lagos era, desde los comienzos de su carrera, jefe de uno de los servicios de

medicina. Todas las mañanas a las nueve, la campana de la portería anunciaba su llegada con los toques de ordenanza.

No era sólo un interés científico lo que le movía a atender gratuitamente sus enfermos de la sala 8. Era también un sentimiento más humano, de simpatía, de caridad, para con aquella pobre clientela de hospital.

¡Cuánta miseria desfilaba por aquellas salas!

Los que no ven de cerca la desgracia, los que no están al lado del dolor, no sospechan ese cuadro de todos los días en un servicio hospitalario. Trabajadores rendidos en la lucha; jóvenes que caen al comenzar la vida; madres extenuadas; restos del vicio que ocultan su vergüenza; niños abandonados... todo eso, repetido un día y otro día; un dolor esperando para ocupar el lugar de otro dolor... el drama renovado y siempre el mismo... anónimo; la muerte como una cosa familiar, llevando sus víctimas, sin que haya una lágrima para el que se va...

Ese es el hospital.

Allí se hace el médico. Allí se endurece el corazón de los que no sienten ni creen, y se ablanda el de los que, como César, piensan más allá de la materia... y de la vida.

La afluencia de enfermos era aquel año extraordinaria. Había que agregar camas en la galería, hasta el hacinamiento, para no rechazar a los que llegaban implorando socorro.

César se multiplicaba en esos casos. No sólo sus veinte enfermos, sino todos los del hospital, estaba dispuesto a atender, si era necesario.

Para no faltar a la hora, salía de Valle Hermoso a las siete de la mañana y regresaba cerca de mediodía.

Cuando algún caso lo requería, adelantaba la hora. Aquella vez tenía prisa por llegar. Uno de los pensionistas de la 8, estaba grave. Era un alcohólico, con degeneración del hígado, que tenía anunciada su enfermedad, sino abandonaba el vicio.

Estudiaba César con especial interés en esa época los efectos del alcohol en el organismo, para presentar sus conclusiones al próximo congreso de medicina. Se especializaba con el aspecto social del problema. Su servicio del San Cosme tenía la mayoría de las camas ocupadas con enfermedades imputables directa o indirectamente al abuso del alcohol.

A la hora precisa subió al "auto", se acomodó en el asiento, colocó los anteojos de viaje

y dejó libre la imaginación, mientras el camino desaparecía bajo la máquina.

Estela y Conrado ocupaban su pensamiento. Aunque le faltaba la prueba, algo más que una simple simpatía existía entre ellos.

Era lógico lo que pasaba; debió imaginarlo antes de introducir al amigo en la intimidad de su casa. Pero le conceptuaba un caballero; sus familias estaban ligadas por una vieja amistad y no pensó que esa amistad había de cambiarse.

La perspectiva del matrimonio era un interrogante horrible. Por un lado, la conducta de Conrado no dejaba que desear Si su propósito era sincero y se mantenía, ¿con qué derecho contrariaba aquel amor?... Por un temor remoto, por un escrúpulo, por una duda, que quizá no pasaría de tal, ¿podía comprometer la felicidad de dos seres que le tocaban tan de cerca?... El conflicto se renovaba con más violencia y César se pellizcaba los labios en un movimiento inconsciente, buscando una salida.

Era necesario mucho tacto y prudencia.

A pesar de su resolución, la incertidumbre le asaltaba de nuevo.

Si consentía, le parecía ver a su hermana desgraciada, que le reprochaba su silencio cri-

minal. Si se oponía, incurría en el disgusto de su hermana, de su amigo, de su familia... ¿Qué partido tomar?

El "auto" llegó a las puertas de la ciudad, descendió por una rampa de canto rodado, pasó entre las quintas de los suburbios, atravesó un puente de cemento armado y se detuvo en la puerta del San Cosme pocos minutos antes de la hora reglamentaria.

Con su delantal blanco, de mangas cortas, comenzó César la visita diaria. La hermanita de caridad y el practicante del servicio daban el detalle del movimiento en las últimas veinticuatro horas.

Según el estado de cada enfermo, era el orden de la visita.

La primera cama, aquel día, fué la del enfermo del hígado. Era la 5, frente a la segunda ventana de la derecha.

—Muy mal—observó la hermanita—los vómitos no han disminuído. Desde anoche está en ese estado. Se ha dado aviso a los deudos y administrado los auxilios religiosos.

El enfermo respiraba con dificultad. Era un "cirrótico" con su enorme vientre repleto de líquido. Por su enflaquecimiento extremo, se transparentaba el esqueleto, como el de una

momia. Los ojos se hundían y la nariz adelgazada era de un tinte azul pronunciado. Los labios cubrían apenas dos maxilares salientes, que rodeaban los músculos, como cuerdas tendidos bajo la piel. Sobre el pecho desnudo se marcaban las costillas y el esternón. Las piernas descarnadas hacían juego con el resto.

Sobre ese cuerpo de cuarenta años, reducido al último extremo, se asentaba un enorme abdomen, marmoreado de venas que serpenteaban bajo la piel disecada y lustrosa. Parecía el vientre de un batracio adherido a un esqueleto humano.

Lagos contempló al moribundo. La luz reflejada en la cara amarillenta acentuaba la demacración. Palpó el pulso; un pulso filiforme de vida que se va, de corazón que se aplasta y movió la cabeza. Era su gesto, cuando perdía la esperanza.

—¡Triste fin;—dijo—él se lo ha buscado! Le previne cuando estuvo a consultarme, por los primeros síntomas. ¡Morir a esta edad por un accidente, por una enfermedad que nos ataca, a pesar nuestro... pero morir por propia culpa, por satisfacer un capricho, un placer del paladar, una excitación nerviosa...!

Curiosa enfermedad—prosiguió—que ataca a los que mejor parecen tolerar el alcohol. A

los bebedores finos, que no se emborrachan, que se acomodan al veneno. En dos años, tiempo máximo, que suelen alcanzar los cirróticos, este pobre obrero muere consumido, intoxicado! Deja una viuda y cinco hijos en la miseria!...

El recuerdo de Conrado y de su hermana cruzó por la imaginación de César Lagos.

La "historia clínica" del cirrótico, en la que muy pronto hubo que anotar la defunción, era bien simple... "L. T.... — decia el formulario.—De cuarenta años, tipógrafo. La madre es sana, el padre tenía hábitos alcohólicos. Casado, tiene cinco hijos vivos y dos muertos. De los primeros, uno es degenerado, otro padece de epilepsia. De los muertos, uno lo fué al nacer y otro por debilidad congénita. Era sano, hasta que comenzó a beber. Ha ingerido de preferencia bebidas blancas: "ginebra", "cognac". Sólo rara vez se ha embriagado. ¡En resumen, un hombre sin antecedentes patológicos, con dos hijos muertos, otros dos con taras graves, que apenas tiene cuarenta años y en poco tiempo se derrumba por el alcohol!

César se alejó apenado hacia la cama 11.

Sobre una pila de almohadas se destacaba una cabeza de criollo, de cabello enmarañado

y renegrido, de cara enjuta, color trigueño subido, nariz aplastada y labios gruesos.

Respiraba aceleradamente, incorporado a medias. El tórax se distendía al máximum por el exceso de fatiga.

Sobre el cuadro clínico, a la cabecera de la cama, estaba escrito en grandes letras azules "Miocarditis".

El doctor Lagos leyó la historia:

"M. S., jornalero, procedente del norte. No recuerda a sus padres, ni sabe de qué murieron. Viudo con tres hijos vivos, uno de ellos penado por homicidio, otro bebedor. No hay en sus antecedentes de salud nada digno de mención.

Hace muchos años que se embriaga cada domingo y a veces entre semana. Tres meses antes comenzó a sentir fatiga, palpitaciones, vértigos, hinchazon de los pies..."

A diferencia del cirrótico, el mal del 11 estaba en el corazón. El alcohol había atacado el sistema cardiovascular.

César examinó el pulso: irregular, desigual. intermitente. El corazón, agrandado, de tonos desiguales; los pulmones, congestionados; el hígado, aumentado; las piernas, hinchadas.

El viejo criollo tenía sus días contados. Como muchos de su raza pagaba su tributo. Ra-

za de vigor y de energía, sufrida y frugal, que el alcohol envenena y degrada, en la taberna de campaña o en el despacho de bebidas de las ciudades.

—Hay penas—dijo tristemente el doctor Lagos—para los que roban una gallina o amenazan con armas, pero falta sanción para los que impunemente matan y degeneran la raza.

Como este pobre, muchos llevan su miocarditis, pero la llevan ignorada y mueren súbitamente.

Formuló en el recetario una poción con digital y pasó a la cama vecina.

Un hombre de mediana edad, de tipo europeo, de cuello corto, cara inyectada, labios rojos, respiraba con la respiración dolorosa de las puntadas de costado. Interrumpíanla frecuentes accesos de tos quintosa, con expectoración sanguinolenta.

En el cuadro clínico estaba escrito: "neumonía".

La historia se concretaba a cuatro palabras... "Comerciante. Bebedor de vino. Una noche, estando ebrio, había dormido a la intemperie. Al día siguiente sintió dolor de costado, escalofríos y escupió sangre..."

—Este enfermo es una experiencia de labo-

ratorio — dijo el doctor Lagos. — Su enfermedad es consecuencia indirecta de su borrachera. Debilitado por el alcohol, ha sufrido un enfriamiento prolongado. Es la neumonía de los alcohólicos que los viejos llamaban "a crapula". Con revulsión y tónicos curará probablemente.

—Corresponde ahora el 17 — indicó la hermanita.

El 17 dejaba el servicio para trasladarse al sanatorio de Sierra Nueva. En el examen bacteriológico del esputo, había "cuatro bacilos" por campo.

Muchacho de fisonomía atrayente, de mirada suave, barba negra y pelo ensortijado, había ingresado a la sala por un debilitamiento progresivo con ligera tos.

De profesión empleado; enflaquecía desde hacía un año. Sano en la niñez, contrajo a los diez y ocho años hábitos alcohólicos. Había perdido diez kilogramos de peso y tenía fiebre por las tardes.

César paseó el oído por la espalda del enfermo. Del lado izquierdo, en el vértice eran claros los signos de la infiltración tuberculosa.

—Tuberculosis y alcoholismo — dijo monologando—. Lo que afirman los maestros está

confirmado aquí todos los días. Qué exacta la frase de aquel clínico: "el alcohol hace la cama a la tuberculosis".

De los diez mil tuberculosos que mueren al año entre nosotros, ¡cuántos deben la tuberculosis al alcohol!...

Vd. saldrá hoy — agregó golpeando cariñosamente la espalda del número 17 —. Una temporada de buen clima basta para su malestar incipiente. Cuidado de no reincidir.

Faltaban dos camas de la izquierda. El 19 y el 20.

Era el primero un sujeto pálido, movedizo, de ojos vivos y hablar nervioso con estigmas de degeneración acentuados. Entró al servicio por ataques convulsivos que sobrevenían bruscamente durante el trabajo o en la calle. Como perdía totalmente el conocimiento y caía al suelo, había tenido más de una vez golpes y quemaduras serias.

El ataque duraba algunos minutos y pasaba sin que tuviera el menor recuerdo de lo sucedido.

La historia decía:

"... padre, gran bebedor. Murió internado en un asilo por locura de origen alcohólico. El hijo fué sano, hasta que se notaron las pri-

meras manifestaciones de la neurosis, traducidas en ausencias y pequeñas convulsiones localizadas. En el servicio revelaba su mal genio. Pretendía golpear al enfermero y disputaba con los vecinos..."

Bastaba para el diagnóstico.

Por si pudiera quedar alguna duda, estalló en presencia del doctor un franco ataque de epilepsia.

El enfermo lanzó un grito y quedó como fulminado. La nuca hacia atrás, los ojos perdidos bajo el párpado superior, los dientes incrustados en la lengua, los miembros rígidos, echaba espuma por la boca. Sucedieron a la rigidez total, sacudidas rápidas, como producidas por una corriente eléctrica. La pérdida del conocimiento era absoluta. Poco a poco volvieron las cosas al orden y quedó sumido en un sueño profundo...

—Estos enfermos difícilmente curan —dijo el doctor Lagos.

—El alcohol, siempre el alcohol. Estamos ante un caso típico de herencia. Un inocente que purga el delito del padre.

César siguió haciendo consideraciones sobre la herencia en los alcoholistas, mientras se acercaba al enfermo de la cama 20.

El practicante acababa de recoger los antecedentes.

"A. T., era de profesión herrero. Bebía algunas copas al día, aunque sin llegar a embriagarse. Siendo joven, tuvo fiebre tifoidea. Edad: treinta y cinco años. Ha ingresado al servicio por dolores en las piernas, hormigueo y dificultad para la marcha..."

El 20 era un francés de cabello recortado a máquina y barba puntiaguda. De fisonomía inteligente, usaba anteojos montados en acero, para corregir un vicio de refracción. Respondía con claridad y refería su padecimiento con lujo de detalles.

Propagandista de ideas avanzadas, cada día, al dejar su trabajo, pasaba a la taberna a departir con los compañeros.

—Es tan triste mi casa,—decía—tan oscura, que me echa a la calle. Y es claro, bebo. Parece que el alcohol me conforta y me hace olvidar la carga del trabajo y de mi larga familia... ¡Si yo tuviera mi casa propia!... ¡si fuera mejor el jornal!... Crea usted, doctor, que no sentiría odio de clases.

Tenía las piernas inmóviles. En el trayecto de los nervios y espontáneamente, sentía dolores agudos que sólo calmaba la morfina. La

piel inflamada por sitios tenía en otros zonas de anestesia o de sensibilidad exagerada.

—"Polineuritis alcohólica" — apuntó César.

—Este enfermo trae una nueva enseñanza. Muestra otra faz de la intoxicación que ataca los nervios periféricos. Muestra, además, el lado más importante del problema. "Se ha hecho alcoholista, dice el enfermo, porque vive en un tugurio y porque en cada esquina le llama la taberna". No tiene hogar y la mitad del salario es para alquilar una miserable vivienda. Busca un derivativo en el alcohol. No sólo le falta techo, le faltan buenas ideas, ideas cristianas, de abnegación, de sacrificio... Si en alguna clase deja el alcohol consecuencias funestas, es en las clases trabajadoras. Daños materiales: enfermedades, herencia; daños morales: degradación, ruina.

—Dentro de pocos días volverá usted a su trabajo—dijo familiarmente al obrero.—Pero recuerde que la taberna es mala amiga y por lo que toca a ideas, que la sociedad no se ha de renovar destruyendo, sino mejorando lo que existe.

Con el número 20 terminaba la visita.

César desinfestó sus manos, dejó el delantal, dió las instrucciones hasta el día siguiente, se acercó una vez más al "cirrótico", que conti-

nuaba su agonía, y con un saludo general se despidió de sus enfermos.

En la puerta esperaba el "auto", motor en marcha.

Fuera todo era bullicio, movimiento, vida. Coches, "autos", transeuntes, parecían acicateados por el sol de Febrero. Era el contraste entre la alegría, la salud y la felicidad, con las miserias, la soledad y el dolor que quedaban detrás de las paredes del San Cosme.

La máquina corría sobre el camino como un expreso sobre los rieles. Iba dejando atrás la ciudad y los suburbios, el río con su puente de cemento, la cuesta pavimentada de canto rodado, las quintas cercadas de alameda... y, también, el recuerdo de la sala, con la cara angustiosa del cardíaco, los rasgos desfigurados del epiléptico y la palidez cadavérica del cirrótico...

Y a medida que aumentaba la distancia y se acercaba a Valle Hermoso, pensaba César en la esposa que le esperaba, en el hogar feliz, en los hijos cariñosos que hacían dulce la vida... en su hermana Estela, en su amigo...

CAPITULO VI

Las familias dejaban a Valle Hermoso antes de que el otoño apuntara en las hojas de los árboles, en las tardes grises y en las noches de aire sutil que calaba los huesos.

En la casa de Monsegur, frente al templo de San Ignacio, resurgía de nuevo la vida. Las niñas reanudaban sus cursos del colegio; el niño menor rendía examen de ingreso al bachillerato y Conrado preparaba su viaje a la capital, el último viaje para aprobar sus "generales" y la tesis.

Las relaciones de los Monsegur con la familia de Lagos, si no estaban rotas, se habían enfriado al extremo de que más que amistad que subsistiera, parecía hostilidad que comenzaba. Tan insólita era a los ojos engañados de don Félix la oposición de César, que le tenía profundamente agraviado.

Su amor propio no toleraba la extraña conducta del amigo, que miraba como un acto de orgulloso desprecio. ¡Cómo si Conrado no fue-

ra digno de la mano de Estela! ¡Su hijo!, que envidiaban todas las muchachas de Valle Hermoso...

Hasta pensaba en represalias y en explicaciones que había de exigir, sí, de exigir, por las buenas o por las malas.

Mascullando insultos y apretando los puños, con la indignación de padre ofendido, dejó su casa la noche siguiente de la llegada, para encontrarse en la inauguración de la tertulia de "malilla". La excitación nerviosa le daba un vigor desconocido.

En las calles solitarias circulaba algún vehículo o caminaba de prisa un transeunte, huyendo del frío.

Don Félix, envuelto en el capote de paño oscuro con la mano derecha sobre el pecho, para proteger los bronquios, llevaba puesto su reglamentario sombrero de copa, que no abandonaba nunca, en la ciudad.

Su sombra elegante, a pesar de los años, se perfilaba en las paredes como la de un caballero medioeval. Dejó a la izquierda el pretil de la iglesia, con su enrejado enmohecido, y la escalinata de granito y torció al poniente, apretando el paso para esquivar el viento de la sierra, que le daba en la cara y se colaba por los resquicios del abrigo.

Los contornos del templo se agigantaban en el fondo de la noche. Don Félix echó una mirada al monumento y su pasión de anticuario pudo más que las preocupaciones de padre ofendido.

—¡Trescientos años! — exclamó, lamentando no tener espacio en su museo para meter aquella joya.

¡Y nada eran las paredes! ¡Lo que guardaba aquel templo en riquezas del arte antiguo! Los cuadros, que algunos eruditos atribuían a Velázquez o al Ticiano, las molduras y artesonados de factura indígena, los viejos sillones con asientos de cuero, grabados a fuego; los candelabros de plata repujada; las alfombras tejidas a mano; las puertas y armarios de la sacristía; las casullas, los cálices, misales y pergaminos; la custodia y los relicarios, con reliquias de los mártires...

El anticuario sentía una secreta voluptuosidad pensando que todo aquello era suyo... que por la intervención de un poder sobrenatural, todo, hasta las paredes, entraba por el ancho zaguán de su casona para alojarse en el museo...

Distraído en su manía, enfrentó la casa del amigo y entró sin llamar, como gente de confianza.

El dueño de casa y dos compañeros le esperaban en la pieza de la calle, alrededor de una mesa de factura arcaica, objeto codiciado del anticuario.

Por el resto del mueblaje, se veía que el propietario era algún rico venido a menos, de tantos que por "mala cabeza" malgastan su fortuna y quedan a vivir del presupuesto, con cuatro horas de trabajo y un sueldo que apenas da para las necesidades urgentes y los "vicios chicos".

En el rincón, un sofá de cuero tapizado perdía por las rendijas mechones de relleno; sobre la pared principal descansaba una biblioteca de tres cuerpos, con los laterales ocultos por cortinas azules y en el centro, algunas docenas de libros viejos: diccionario de la lengua, colección de leyes y decretos, ejemplares de revistas ilustradas.

En la pared del fondo, para que pudiera ser visto de las ventanas de la calle, la ornamentación se reducía a dos cuadros patrióticos: "La Jura de la Bandera" y "El Cabildo de Mayo", que escoltaban un gran retrato del gobernador, del último, porque religiosamente se cumplía allí lo de: "a rey muerto, rey puesto".

Algunas sillas de color dudoso, una rinconera con papeles amontonados y restos de nai-

pes viejos, folletos y periódicos, completaban el modesto arreglo de aquel club, o sea del escritorio de don Telémaco Granados, jefe de patentes de la administración provincial y presidente nato de la tertulia de "malilla", desde los comienzos de abril hasta el final del año.

Los otros dos personajes que hacían el cuarteto, eran:

Don Gabriel Cámara, de profesión procurador, hombre, aunque entrado en años, de actividad extraordinaria, cargado de familia que apenas podía sostener porque los tiempos no estaban para honorarios, honrado y con fama de tal, en un gremio que la tiene poco envidiable. Bajo, de físico pobre, escaso de carnes. cubierto de barba por razones explicables de economía, tenía un alma grande, inteligencia despierta y una habilidad extraordinaria en el juego lo que le convertía en un adversario temible.

Su pareja, don Absalón Castañeda, de aspecto enfermizo, alto y enjuto, con barba recortada en punta, completaba el elenco. De profesión martillero, ganaba honradamente la vida y con holgura. Amigo de la política, la hacía a favor o en contra del gobierno, según sus simpatías, porque era hombre sin dobleces y gozaba de buena posición. Había ocupado

puestos de confianza destacando en ellos sus condiciones caballerescas y su don de gentes.

Don Absalón era especialista en retener en la memoria, hasta la última carta de la baraja. Conocía, como si las viera, las del contrario, estaba en todas las combinaciones del juego y en definitiva ganaba siempre, aunque tuviera que luchar con la pericia de don Gabriel, reputado invencible, para cualquier otro que no tuviera la habilidad de Castañeda.

No era la partida cosa de consecuencias para el bolsillo de los contertulios. Con una pequeña contribución para interesar el juego, apenas si se ganaban o perdían un par de pesos. Y de ordinario al final de algunas jugadas las finanzas volvían al equilibrio...

—Estoy tiritando de frío—dijo don Félix, frotándose las manos y aplicando el dorso sobre la mejilla poblada de barba de don Gabriel.

Don Telémaco, entendió la indirecta, golpeó sobre la mesa una señal convenida y momentos después entraba la sirvienta con una botella de forma rectangular, llena de un líquido de reflejos azulados.

—Es legítima—afirmó el jefe de la oficina de patentes, acercándola a las ventanas de la

nariz de don Félix, que aspiró con fruición el perfume aguardentoso de la "ginebra".

—Van a probarlo—agregó llenando cuatro vasos de dimensiones más que ordinarias, que cuatro manos se adelantaron a tomar.

Los ojos del anticuario brillaron de emoción. Don Gabriel echó de reojo una mirada picaresca sobre su vecino y Castañeda se aderezó el bigote preparando el camino al paladar.

Las pupilas de don Félix se concentraron en el recipiente que los dedos oprimían como un tesoro. Lo levantó para contemplarlo y... olvidado de todo, del noviazgo de Conrado, de los agravios de César y de las riquezas del templo de San Ignacio, con un movimiento de pronación de la muñeca, lo volcó de una sola vez en la garganta.

En un abrir y cerrar de ojos los cuatro vasos quedaron limpios. Don Telémaco se apresuró a reponer el contenido...

Repetida la operación los ojos de algún tertuliano empezaron a brillar y la conversación se animó con un tono y un calor sospechosos.

Pero estaba de Dios que la "malilla" no había de inaugurarse aquella noche.

—Me han dicho que se dejó el casamiento de Conrado—dijo el jefe de patentes barajando las cartas y trayendo la conversación por los

cabellos, con su prurito de meterse en vidas ajenas.

Don Félix se sacudió en la silla y se sirvió otro vaso de licor para cobrar fuerzas. Los vapores que le llenaban la cabeza desbordaron, entonces, en un palabreo furioso.

Como si se hubieran roto los frenos de la discreción, dejó volcar hasta sus más íntimos pensamientos.

—Dije que hablaría—murmuró Granados, cuya resistencia a la bebida, le permitía tener la cabeza firme, aunque tomara un litro de aguardiente...

—¿Se puede saber la causa?—agregó, soplando en el malhumor incontenible del anticuario.

—La causa, ya la averiguaré—rugió don Félix, que se había levantado y paseaba nerviosamente a lo largo del escritorio — ese Lagos... ¡si creerá que nos hace favor! La culpa es mía, que lo llené de consideraciones, que no merece... Yo he de enseñarle a ese botarate como se trata con gente decente... No ha de jugarse con un Monsegur... Veremos todavía en lo que para su oposición... O mucho me equivoco, o la muchacha se casa, con su consentimiento o sin el...

Don Félix agotó, contra César, el vocabula-

rio de las interjecciones y de las amenazas. Tales fueron las cosas, que Castañeda salió a la defensa del médico.

Lo conocía y lo sabía incapaz de bajezas.

—Te aseguro que es un caballero—dijo encarándose resueltamente con el anticuario. No sé los motivos, pero ha de tenerlos distintos de los que invocas.

No estaba don Félix para razones, con cinco vasos de ginebra en el estómago y mucho vapor en la cabeza, pero ante la resuelta actitud del martillero, moderó la lengua.

—De todos modos, es una conducta bien extraña—interrumpió Granados, que tenía con Lagos viejos agravios.

Desde que César tuvo "el atrevimiento" de pasarle la cuenta, le había tomado ojeriza. Es cierto que resultaba ridícula en relación con la asistencia, pero desequilibraba su presupuesto.

Que cobraran, el almacenero, el zapatero.... santo y bueno... ¡pero el médico!

Sentirse apoyado don Félix y volver a la carga fué todo uno.

Aquello amenazaba terminar en pugilato cuando intervino don Gabriel, con su vocecita de tiple.

Como a leguleyo, hecho a la vida de tribu-

nales y juzgados, le sobraban razones para hacer callar al energúmeno de Monsegur, al impertinente de Granados y al mismo Castañeda, que había tomado como propia la defensa del médico y levantaba la voz y los puños en actitud peligrosa.

La tertulia terminó como un cónclave revolucionario, en vísperas del estallido.

Envuelto en su capote, apoyado en el bastón de ébano con cabeza retorcida, calado el sombrero del lado izquierdo y el paso vacilante, esforzándose para mantener el equilibrio, salió don Félix de casa de Granados.

Parecíanle las luces multiplicadas en forma extraña, las sombras de las paredes, las torres. y los techos de las casas, sacudidas por un temblor; sentía que le daba vueltas la cabeza y que los pies apenas tocaban el suelo.

A punto de perder el equilibrio llegó a su casa, abrió con dificultad la puerta de calle, apagó a tientas la luz del zaguán, entró como pudo al dormitorio, se desvistió a duras penas y se echó en la cama...

Con el descanso, la cabeza despejada y como hombre que no tiene nada que reprocharse,

entró al día siguiente en su museo y se perdió entre las reliquias de los tiempos pasados.

En medio de aquellos tesoros pasaba la mitad de la vida.

Desde que se había retirado del trabajo a vivir de renta, las aficiones de anticuario crecieron con el incentivo de la holganza y la tranquilidad de tener el puchero asegurado. Para estar tranquilo, echaba por dentro la llave y ya podía venirse el mundo abajo y quemarse la casa, que don Félix seguía imperturbable catalogando antigüedades, revisando medallas o estudiando en monetarios viejos la historia antigua.

Otra distracción tenía en las soledades del museo.

Para "reanimar las fuerzas", en las horas de concentración mental, metía de vez en cuando la mano al bolsillo, retiraba una llave de finas caladuras, se acercaba a un "bargueño" con incrustaciones de nácar y escenas de la mitología, tocaba un resorte, movía un cajón, corría un cerrojo disimulado detrás de una moldura y exhumaba del fondo una botella.

Seguro de que nadie observaba y de que la cerradura estaba echada, con un rápido movimiento quitaba el corcho, sorbía un trago y la restituía de nuevo a su sitio. Tres o cuatro

aproximaciones al "bargueño" estaban lejos de comprometer el equilibrio del anticuario y le permitían abandonar el museo a la hora del almuerzo, sin dejar rastros. Cuando la señora María advertía "algo" y hacía una discreta insinuación, le respondía invariablemente: ¿Qué saben las mujeres de esas cosas?

Pensar que los amigos pudieran modificar la costumbre, era difícil.

Cada día tenía algún nuevo motivo de sus preocupaciones arqueológicas.

Un mate de plata, estilo siglo XVIII, vendido por un viejo "maestro platero" le tenía absorbido una mañana. Examinaba el anticuario el cincelado y procuraba descifrar el monograma de los flancos, que se le antojaba escudo de alguna familia noble y con la lente en la mano daba vueltas y más vueltas para aclarar el jeroglífico.

Estaba entregado a su tarea cuando por la caladura de la puerta echaron la correspondencia del día.

Por los membretes podía formarse idea de los corresponsales del anticuario: "Junta de Numismática e Historia", "Canje y venta de Antigüedades", "Acuñación de medallas"...

Dejó el mate y recogió las cartas, esperanzado en buenas noticias que aumentaran la colección.

De improviso se sorprendió. Había reconocido en un sobre el nombre de César Lagos. Después de lo ocurrido entre ellos, resultábale bien extraña la presencia de aquella carta.

¿A qué venía? ¿Sería para darle explicaciones?

Don Félix sintió revivir el recuerdo de la vieja amistad y agravarse la ofensa del amigo. ¡Qué decepción! ¡Qué amarguras había soportado por su causa!

El tiempo, no obstante, había atenuado el resentimiento del señor Monsegur y la reflexión había suavizado las asperezas.

Es cierto que la actitud de Lagos le había herido hondamente, pero aparte de su oposición inesperada, el médico no había dejado de guardar con él y los suyos las mismas consideraciones de antes y un silencio prudente.

Empezaba a sospechar que en aquella negativa se encerraba algún misterio.

Quien sabe si la carta de César no venía a aclararlo. Don Félix se volvía razonable. Si la carta despertaba por una parte sus agravios, por otra iba a terminar una situación molesta.

César Lagos no ignoraba la situación que su negativa al matrimonio de Estela le había creado ante los señores de Monsegur. Se sen-

tía incómodo. No se rompe de la noche a la mañana, una amistad de veinte años.

Le dolía que juzgaran mal su conducta. Una palabra habría bastado para justificarlo, pero estaba de por medio el secreto profesional. ¿Cómo pronunciarla?

Con Estela estaba explicado. Si como hermano mayor y como padre negaba su consentimiento, sus graves razones tendría. No necesitaba ella conocerlas, ni podía dudar de la recta intención de su hermano.

Pero ante la familia de Conrado era otra cosa.

¿Cómo acercarse a don Félix después de lo sucedido? El entredicho llevaba cuatro meses. Una visita, en tales circunstancias, no sería bien mirada.

Una carta, hablando directamente del asunto, también. Si era mal recibida, quedaban cerradas las puertas.

César escogió un recurso indirecto. Conocía el corazón humano. Acercarse a don Félix, de buenas a primeras, en la exaltación en que se hallaba y que sabía por su amigo Castañeda, era peligroso. El también se conocía. No era hombre de tolerar ofensas sin reprimirlas...

Si a pesar de todo, el anticuario se encapri-

chaba, había agotado los recursos de caballero, si se mostraba accesible, la amistad podía soldarse.

Otra consideración le movía a dar el primer paso. César era noble, don Félix era el mayor y se creía ofendido...

Buscó, entonces, el lado débil y presentó el ataque.

Don Félix calóse un par de anteojos montados en carey y comenzó la lectura. Era la letra de César... su estilo... su mismo tono afectuoso... como si nada hubiera pasado entre ellos.

Después de saludarlo... "se complacía en manifestarle"—al señor de Monsegur le dió un salto el corazón...—"que uno de sus clientes, agradecido a su asistencia, en gratitud, habíale obsequiado un mueble..."—el entusiasmo del anticuario llegó a su colmo. Era el mueble que codiciaba. Un mueble de valor enorme para sus recursos, que hacía su desesperación de coleccionista y que estaría bien en cualquier museo del mundo—"que conociendo sus aficiones y sus deseos de tener un ejemplar semejante, lo ponía a sus órdenes"... la carta terminaba solicitando, con tal motivo, una entrevista.

El anticuario sintió deseos de abrazar a César. ¡Si lo hubiera tenido cerca!

—Sí. Conversaremos—exclamó, contestando la esquela de Lagos y sintiendo disiparse sus enojos ante la visión del codiciado mueble.

CAPITULO VII

En el programa de Derecho Penal que dictaba el profesor Herrera figuraba una visita anual a la cárcel penitenciaría.

El catedrático mostraba en esa oportunidad, con los hechos por delante, las consecuencias del delito, los sistemas de represión, los resultados de la reclusión en la reforma de los penados y se extendía en las causas de la criminalidad y de un modo particular en la cuestión de la "responsabilidad", de la que era decidido partidario, contra las escuelas deterministas y fatalistas que combatía abiertamente.

De alto interés resultaba aquel estudio, que rozaba problemas fundamentales de la personalidad humana y fenómenos íntimos de la conciencia.

La importancia del asunto y la preparación del profesor daban singular atractivo a la conferencia de la cárcel.

Tenía el maestro un don especial que le hacía querido y respetado. Llevaba treinta años en la cátedra y en materia de autoridad moral

y científica, era de los que gozaban de mayor concepto.

Autor de una obra penal, notable trabajo, en que, con vistas propias, exponía y comentaba el resultado de su larga experiencia, había llevado su nombre hasta las facultades del extranjero.

Conrado no faltó a la cita. Le atraía la fama del maestro y el deseo de congraciarse la voluntad del que, dentro de poco, había de ser su juez en la mesa del examen general. Deseaba, al mismo tiempo, ver de cerca aquel lugar de expiación que interesaba su fantasía.

"Los delitos purgados eran imputables el ochenta por ciento al alcohol", les había dicho el maestro el día anterior en la Facultad.

Esperaba que la visita había de serle útil. Porque la lucha no cesaba entre los viejos hábitos, las ocasiones, los amigos, su deber... y el amor a Estela, que le seguía como la sombra del ángel guardián.

La penitenciaría levantaba su amplia fachada sobre una colina, resto de antiguas barrancas en las proximidades del Jardín Zoológico. Rodeaba el inmenso edificio de cuatro manzanas una muralla lisa, cortada en bisel y rematada de torres en las esquinas.

La muralla se prolongaba sin más solución de continuidad que la puerta de entrada, a través de las ocho cuadras de edificación, como una enorme cintura de seguridad. Para asegurarla más, había, entre ella y el edificio, un foso profundo.

Centinelas con el arma al brazo y con la consigna rigurosa de hacer fuego sobre los prófugos, paseaban día y noche, a lo largo de las cornisas o se resguardaban en las torres.

Ocho pabellones, dispuestos en forma radiada, convergían a un "hall" central. Desde allí un solo hombre podía vigilar todo el establecimiento. Cada pabellón de dos pisos se dividía en una serie de celdas, con la ventana provista de barrotes de fierro y cerraduras que se aseguraban al exterior con gruesos pasadores. Un reglamento militar presidía las distribuciones.

No podían quejarse los recluídos del alimento, de la cama, ni de las condiciones higiénicas. Ni faltaba trabajo en los talleres, donde podían ganar un pequeño jornal para ayuda de sus familias o economía para el porvenir.

Para muchos que andaban a salto de mata, la situación, mirada desde el punto de vista material, era sin duda, buena. Entre el hambre y el sobresalto o aquella mesa sencilla pero

abundante, cama y techo seguro, la opción no cabía.

Pero para la mayoría era un suplicio intolerable y algunos preferían la muerte.

Cuando en la noche llegaban hasta las celdas los ecos de la calle, ¡cuántos himnos a la libertad se elevaban entre esas paredes!; ¡qué de lamentos y suspiros por recobrarla!...

Los alumnos rodeaban al profesor Herrera; a una voz del guardián y un toque de campana, los penados del pabellón 5 se colocaron frente a sus celdas. Eran condenados a penitenciaría por diez y quince años. El mismo uniforme, el mismo corte de cabello, la misma actitud taciturna, les daba un parecido notable. Los diferenciaba un número. La personalidad había quedado a la puerta de la prisión para convertirlos en una cantidad aritmética.

El profesor y los discípulos se acercaron al número 1. Sentado en su banco de madera, las manos sobre las rodillas, el penado indiferente se dejaba observar como un ejemplar raro. Su color trigueño subido, la cara aplastada, los ojos pequeños y el cabello escaso, denunciaban el origen indígena.

El "alcaide" dió en alta voz los antecedentes del proceso.

Tenía treinta años y era peón de estancia en una provincia del litoral. De condiciones excepcionales para el trabajo y de personales recomendables, se singularizaba por la bravura. Casado, con tres hijos, su jornal le bastaba para sostener la familia con decencia.

El medio ambiente le arrastró a la bebida.

Estando ebrio fué amonestado por el capataz, por estropear a un peón indefenso. Como respondiera con insolencia y el superior quisiera imponerse, lo mató a puñaladas. Se le había advertido el peligro de la bebida, pero la taberna estaba cerca y cada domingo la reincidencia era segura.

Llevaba seis años de condena, de los doce que le había impuesto el fallo "por homicidio". Durante ese tiempo murieron de pena y de necesidad la mujer y dos de los hijos; el otro fué recogido por un asilo de beneficencia.

Total: ¡un criminal, tres muertos y un hijo abandonado!...

El profesor entró en consideraciones de orden social, sobre los peligros del alcoholismo. Abordó la cuestión tan discutida, de si el estado de ebriedad era un eximente de la culpa, como lo estatuyen algunas legislaciones,

o por el contrario, un agravante, como quieren otras, inclinándose él por su parte hacia este último temperamento.

Estudió las consecuencias desastrosas del alcoholismo en el medio familiar, sobre todo en el obrero.

Conrado sentía escalofríos al escuchar la disertación del maestro y ver lo que tenía ante sus ojos. Aquel pobre penado ¿no había comenzado como él, antes de parar en la cárcel? Mientras el doctor Herrera continuaba su exposición trató de acercarse al criminal para interrogarlo. Quería saber de sus propios labios la referencia del crimen. Porque... no comprendía... el alcohol, sólo ¡no podía ser...!

El número 1, ratificó la historia. No era un hombre de malos instintos. Trabajaba, tenía su hogar, quería a su mujer y sus hijos, vivía feliz. El patrón era bueno; no tenía quejas... Pero el almacén lo había corrompido. Todo el jornal de la semana empezó a quedar allí por unas copas de aguardiente.

El día de "su desgracia", estaba "tomado"... no supo lo que hacía. Cuando despertó de la borrachera, se encontró en la cárcel...

El profesor seguía disertando sobre la de-

lincuencia en las ciudades y las campañas, sobre el embrutecimiento que el alcohol produce en los indígenas del norte, sobre la plaga de las tabernas y sobre la estrecha relación entre la criminalidad y el alcoholismo.

Pasó en seguida a ocuparse del penado número 3.

Era un criollo de escasas carnes y de mirada dulce. Tres galones que llevaba en la manga de la blusa, indicaban su conducta intachable. A diferencia de la mayoría de los penados, era comunicativo, quizá porque esperaba "gracia".

Procedía de la Capital. Hijo de familia acomodada, con dinero a su capricho, malgastado en una vida licenciosa, derivó a los hábitos alcohólicos, hasta llegar a ser un crápula.

Apremiado más tarde por el hambre, fué ladrón y cómplice en un robo con asesinato. Estaba condenado a quince años de penitenciaría. Apenas secuestrado en la cárcel y obligado al abandono forzoso del alcohol, recobró sus calidades y fué un elemento útil, de conducta intachable.

Halló Conrado tales analogías con el criminal que le pareció oir su propia historia. La sugestión fué tal, que se creyó observado por

los compañeros, y la vergüenza lo puso colorado hasta las orejas...

El doctor Herrera mostró nuevos ejemplos de delincuencia por el alcohol, con cifras que ratificaban sus afirmaciones. Según el director de la cárcel y los jueces del crimen, a quienes había consultado, los delitos, ¡en un ochenta por ciento de las veces, podían imputarse al alcohol!

Comenzaba a arrepentirse de haber asistido a la conferencia. La impresión nerviosa le impedía seguir al maestro. Lo que allí veía era demasiado para un temperamento como el suyo. Crímenes atroces, perversiones del sentimiento, monstruosidades, miseria, muertes... todas las calamidades humanas tenían su epílogo en aquellas celdas.

Las demás historias tenían casi todas el mismo "cliché". Era en la taberna, durante el día festivo. Un grupo de amigos discutía sobre temas generales o políticos. La rueda se hacía alrededor del mostrador, mientras el tabernero llenaba las copas con el alcohol de sus estanterías. ¡La ley le autorizaba a ejercer ese comercio, por una ridícula patente de algunos pesos!

La conversación se animaba poco a poco, la prudencia se perdía, la razón se ofuscaba y la discusión enardecía los ánimos.

Una disidencia banal, una diferencia entre dos amigos, que se querían como hermanos, exaltaba el amor propio en las cabezas enloquecidas. De las palabras se pasaba a los hechos, relucían las armas... ¡y quedaban en el campo un muerto y un asesino!

El doctor Herrera lamentaba la falta de una legislación represiva. Los impuestos altos eran inútiles; el consumo de alcohol seguía aumentando: era "como agregar una pluma a la carga de un buey", según la frase de un autor. Había que perseguir al vendedor de alcohol en las tabernas, con patentes prohibitivas y con castigos ejemplares. Como el vendedor, el consumidor debía tener su pena.

El número 11, esperaba en la puerta de la celda.

Era un hombre avejentado, que no alcanzaba a los treinta años. Con los ojos en el suelo, mostraba un profundo abatimiento. Conrado retrocedió instintivamente; bajo el uniforme había reconocido un compañero de tertulia. Muchas veces trasnocharon juntos, bebiendo ajenjo. Como él, pertenecía a una honrada familia

de provincia, sacrificada por educarlo. Una noche—recordaba hasta los menores detalles—se promovió un incidente con el propietario de un café, por centavos más o menos... Su compañero, ebrio, desenfundó un revólver, se oyó un tiro y un cuerpo que caía. Los dos huyeron y no volvió a saber de su suerte. Tenía la seguridad que estaba libre.

¡Cómo había cambiado desde entonces! El cabello blanco, la espalda encorvada. Era su sombra.

El número 11 levantó los ojos y lo miró. Frunció el entrecejo, como el que hace un esfuerzo de memoria y volvió a su actitud taciturna.

Conrado se deslizó entre los alumnos y se acercó al penado.

—¡Ernesto! ¡Conrado!—los dos nombres se pronunciaron casi simultáneamente, en voz baja.

—Gracias — dijo el penado estrechando la mano del amigo. — Conservas tu buen corazón. No imaginabas encontrarme aquí. Tú sabes que no soy un asesino... pero aquella noche... estaba loco... ¡Maldito alcohol! Soy muy desgraciado, he sido la ruina de mi casa, y mis padres han muerto de disgusto...

A mediodía el profesor Herrera había terminado su clase. Las relaciones entre la delincuencia y el alcoholismo quedaban establecidas de un modo magistral y abonadas con casos prácticos.

Tan claras eran las cosas, que la lección resultaba doblemente provechosa.

La impresión producida en Conrado era imborrable. La suerte de aquellos desgraciados, que pudo ser la suya, le ponía los pelos de punta. Y a fe que poco le había faltado.

La vista del peligro le hizo bien.

Cuando volvió a su pieza de estudiante, dejó los libros, y golpeando con el puño sobre la mesa del escritorio, con violencia que hizo saltar el texto de Penal, exclamó: "por mi honor, por el honor de mis padres, por el amor de Estela, prometo no ceder otra vez".

¡Estela! Esta evocación tenía una virtud particular. ¡Qué no era capaz de prometer por ella! Para ratificar su propósito, abrió el ropero, sacó una botella, salió al patio y la estrelló contra el suelo.

Después tomó la pluma y escribió su carta semanal. En ella abría su corazón y hacía a la niña sus confidencias íntimas. Puso dentro algunas violetas, escribió la dirección de la

señora María, que era la encargada de entregarla y salió para dejarla personalmente en el correo. A nadie hubiera confiado esa comisión.

Frente a la iglesia del Socorro sintió notas de órgano y cantos que se filtraban por el cancel. Se detuvo vacilante y miró el reloj. Algo misterioso le empujaba a entrar. Le pareció sentir la voz de Estela entre los ecos que llegaban de lejos... y entró.

Los coros entonaban la despedida... "venid y vamos todos... con flores a María..." El templo iba quedando vacío. Conrado se sintió invadido por una dulzura inefable... ¡Hacía tanto que no entraba por aquella puerta!...

Sin darse cuenta dobló las rodillas. y del fondo del corazón brotó la oración de sus primeros años... "Dios te salve... Reina y Madre de misericordia... vida... dulzura... y esperanza nuestra".

CAPITULO VIII

Ningún acontecimiento había repercutido tanto en el hogar de los Monsegur como la terminación de la carrera de Conrado. Era el hijo mayor, y al mismo tiempo "el doctor". El anticuario se derretía pensando en el título y en el lustre que significaba para su apellido, lustre que no alcanzaban a darle sus aficiones arqueológicas.

"El doctor Monsegur", escribía apretando la pluma sobre el formulario telegráfico en que despachaba las felicitaciones de la casa al joven laureado.

—¿A qué hora cree usted que entregarán el telegrama "al doctor Monsegur"? — preguntó expiando el efecto que el título producía en el empleado de ventanilla.

—Dentro de tres horas—respondió, con una indiferencia que a don Félix le pareció intolerable.

—Vaya un guarango — se dijo, recogiendo el recibo de su despacho.

La repercusión alcanzó más allá de la familia y las relaciones.

Debía instalarse el estudio de abogado y era menester hallarle sitio y de preferencia. "El doctor" necesitaba por lo menos dos habitaciones: sala de espera y de consultas. — Y acaso no bastarían — observaba don Félix, que le parecía ver invadida su casa por media población, que iba a consultar a Conrado.

Porque era natural, aunque ellos no lo decían.

¿Qué abogado de la ciudad podía compararse con él? Fernández era más práctico en procedimientos que en otra cosa, pero carecía de preparación en Derecho Civil, que era el fuerte de Conrado. Quintana aparentaba mucho, pero en el fondo era un superficial. Sosa tenía fama de abandonado. Sánchez se ocupaba más de las estancias que de los pleitos. No quedaba, después de todo, más que su hijo.

¡A que altos destinos no estaría llamado "el doctor Monsegur", si se realizaba la milésima parte de los planes que forjaba cada día el magín del anticuario!

El "doctor" anunciaba su venida para los últimos días de diciembre y era urgente poner manos a la obra.

Por pronta providencia encargó don Félix el par de placas que en la puerta de calle habían de anunciar a los transeuntes que allí habitaba un doctor de carne y hueso. ¡Qué bien sentarían en la gran portada con decoraciones siglo XVIII!

Revistaban con la señora María todas las piezas de la casa, pero todas tenían algún defecto. La sala, demasiado espaciosa y fría en el invierno; el escritorio, demasiado estrecho y oscuro; el comedor, demasiado interior; el museo ¡hasta el museo entraba en la requisa! que era para don Félix como si entrara la niña de sus ojos, no era apropiado. Nada cuadraba a la personalidad del "doctor Monsegur". Hasta se proyectó amueblar una casa fuera, pero la propuesta fué rechazada en el acto. Las placas en otra parte que en la casa solariega ¡ni pensarlo!

Por fin don Félix se golpeó la frente y lanzó un "eureka". Dividirían la sala por un tabique. La solución estaba hallada.

Resuelto el problema, se metió en su museo pensando en las satisfacciones que le esperaban.

La colección aumentaba con una serie de ejemplares que le tenían entusiasmado.

Además del sillón, obsequio de César, había logrado varias piezas de plata americanas, de raro mérito, acuñadas en Potosí.

Tamaña fortuna fué obra de la casualidad. Frecuentaba la amistad de un antiguo "maestro platero", don Pedro Moreno, comprador de chafalonía. La gente de la campaña, que cambiaba de "apero" o escaseaba de dinero, le llevaba sus monedas y medallas, ornato de tiradores y recados; don Pedro pesaba la mercadería y la pagaba "a tanto" el kilo. Una vez fundida la transformaba en mates, jarros, taleros y otras prendas, con la habilidad que le había dado bien merecida fama.

Poco le interesaba a don Pedro el mérito histórico de la mercancía ni comprendía cómo una moneda en desuso pudiera tener por ese motivo mayor valor que cuando circulaba; metía así despiadadamente en el crisol lo bueno y lo malo, lo antiguo y lo nuevo.

En su criterio simplista aplicaba a la chafalonía lo que es común en sociedad: compraba por el peso y no por los méritos.

En una de sus visitas el anticuario encontró la chafalonía antes de pasar al fuego, y con sacrificio grande pagó el precio y se quedó con las piezas.

Encerrado en el museo y previo un acerca-

miento al "bargueño", extendió la compra sobre la mesa y comenzó el examen.

—¡Completa la colección de Carlos III! —decía golpeando las manos de placer.—Aquí está "la jura" que faltaba; acuñada en la casa de moneda de Lima. Cada nueva pieza era una exclamación de alegría.

Don Félix, con la lente en una mano, hacía girar las piezas entre el pulgar y el índice de la otra, como un avaro que examina piedras preciosas. En la exaltación de su entusiasmo se remontaba en la historia.

El anticuario soñaba, deliraba. Se transportaba a Lima cuando su apogeo colonial. Asistía a las fiestas de la corte. Se paseaba entre mobiliarios incrustados, espejos con molduras extrañas, escritorios llenos de secretos donde los capitanes escondían sus proyectos de conquistas y las novias los secretos de sus amores, sillones en que se sentaban los virreyes y mesas donde se juraba fidelidad al monarca. Pebeteros, arquillas, paños, alfombrados, insignias, escudos, llenaban las salas...

La ilusión era tan real, que habría persistido a no ser un golpe en la puerta y la campana que daba las doce. Don Félix volvió a la vida. La visión y el alcohol se habían esfumado.

Extraño parecía que a un hombre como él le trastornara la cabeza la llegada del "doctor", pero es que don Félix era ante todo hombre de familia y de su casa, y primero que nada estaban los suyos.

Si pudiera catalogar sus afectos, la serie comenzaría por: "la señora María,... Conrado... los demás hijos... el museo... y la botella". Que a veces se alteraba el orden, no significaba que variase el afecto. A don Félix le sucedía lo que a todos los hombres que tienen un lado débil. Como el poeta, "veía lo mejor... y hacía lo peor".

Con los ojos ligeramente inyectados salió del museo, echó dos vueltas a la llave, y, como si dejara adentro la mitad del alma, atravesó el patio y se presentó de improviso ante el constructor del tabique, como un inspector de obras públicas.

—Bien, muy bien — recalcó. — Un poco estrecho el local de espera, porque "el doctor, el doctor", repitió mirando al albañil, tendrá demasiada clientela... pero ya avisaré cuando llegue el momento de ampliarlo.

—Falta el mobiliario. En este rincón viene como mandado a hacer el escritorio del virrey; aquí, la alfombra de las monjas Catalinas; en

vez de araña, el quinqué de la familia del señor obispo Olmedo.

La señora María, que venía de dar los últimos toques al dormitorio, intervino en las disposiciones. Conrado no compartía las aficiones de su padre. Había que comprar muebles nuevos o esperar a que él resolviera.

Para antigüedades ya las había bastantes en la sala, el comedor, las piezas de dormir y hasta en los patios. Que no fuera todo historia antigua, que la hubiera también contemporánea.

El anticuario protestó del poco respeto con que se trataban las cosas viejas, que se pretendía comparar a la pacotilla moderna.

Si tomaba la palabra sobre ese tópico, era temible.

Iba a reeditar su acostumbrada apología del pasado, cuando sonó el timbre.

—El cartero — dijo la señora María, escapando del peligro.

Era carta de Conrado. En el sobre se leía por primera vez el membrete: "doctor Monsegur—Abogado". Don Félix lo leyó veinte veces, como si fuera la inscripción de una moneda rara. ¡Aquel sobre había pasado por el correo! ¡Lo habían leído los empleados! ¡Todo el mundo...! y de un salto el anticuario se

trasladó de la antigüedad hasta nuestros días, sin tocar en la edad media.

Tres días después Conrado se instalaba en su estudio y las placas lucían en la puerta de calle. Por bien empleados daba don Félix sus sacrificios. ¡Ahora cosechaba el fruto!

Desde los padres hasta el último sirviente no había más preocupación en la casa ni más pensamiento que "el doctor".

El escritorio de Conrado, el dormitorio de Conrado, los alimentos que le agradaban a Conrado... los demás miembros de familia desaparecían ante la personalidad del recién llegado.

Los diarios saludaron "al distinguido jurisconsulto", que se incorporaba al foro con los prestigios de la inteligencia y de las altas clasificaciones obtenidas en sus exámenes... amén de otros elogios que al anticuario le parecieron tan justicieros como merecidos.

—La fama empieza a desparramar su nombre — pensó don Félix. ¡Lo que sería cuando lo conocieran bien!

Con los entusiasmos del novicio inauguró Conrado las tareas del foro. El tiempo era poco para estudiar asuntos, evacuar consultas,

recorrer los tribunales, activar los expedientes y responder a las felicitaciones y visitas de amigos y colegas.

El nuevo doctor estaba satisfecho.

Le sonreía la fortuna, abríanse las puertas, aumentaban los amigos, todo salía a pedir de boca. Conrado llegó a creer que o era una excepción, como aseguraba don Félix, o exageraban los pesimistas que le habían pintado el camino difícil.

Tuvo que ahondar un poco en la vida y cosechar un poco de experiencia para sentir las primeras desilusiones.

Defendía un asunto de buena fe, en que la razón estaba de su parte tan clara como la luz, y el abogado contrario lo entorpecía con "chicaneos". Su conciencia le decía que ganaba un pleito y el juez fallaba a favor de la otra parte. Salvaba de la ruina un litigante y le observaba la cuenta... o la negaba...

El estudio trabajaba, pero advirtió que la mitad del trabajo era tiempo perdido. De tres clientes, dos lo explotaban. Con apariencias de defender la justicia, había en todo un fondo de intriga, de pequeños intereses; muchos colegas discutían acosados por la necesidad, para hacer honorarios... ¡Aquello era muy distinto de lo que había pensado!

Por su parte don Félix no entendía como con tanta clientela debía seguir cooperando a los gastos.

Un día se atrevió a preguntar: qué se hacían las entradas del estudio.

Conrado abrió el escritorio y sacó el libro de movimiento.

Día 4, tres consultas; "gratis".

Día 6, asunto Castilla, regulados; "$ 50".

Día 7, prestados a N. N.; "$ 40".

Idem, cinco consultas, cuatro gratis; una, "$ 10".

Día 8, Quiebra Bernárdez y Cía., cobrados; "$ 400".

Idem, retirar documento del Banco, garantía a X; "$ 500".

Basta—dijo don Félix con la impresión de un ciego que le sacan la venda después de la operación de la catarata.—A ese paso vamos a la ruina.

A los dos años la desilusión era completa. Conrado llegó a la conclusión de que no había nacido para el foro. Tarde lo sabía.

A no estar de por medio Estela, quién sabe lo que hubiera sido de él. Con las dificultades y el desaliento, retoñaba la pasión.

Las ocasiones se multiplicaban. Conversaba con un cliente en la confitería, que era la cita de los hombres de tribunales y antes de entrar en materia le instaba a servirse "alguna cosa". Hacía tertulia con los amigos y en la rueda se jugaba por "el gasto", y el gasto era alcohol en alguna forma. Visitaba una relación y a poco andar se servía con instancias imperiosas una copa de cerveza o de licor.

Le daban vértigos cuando pasaba ante sus ojos la copa, pero el pensamiento de Estela le detenía la mano y los labios mentían un desgano que traicionaba su cara demudada. Si resistía era por su amor.

No eran abundantes las entradas del estudio, pero en cambio el buen nombre y las simpatías iban rodeando el nombre de Conrado.

Nada pasaba desapercibido para César. Todos los informes que recogía le ratificaban la buena conducta de su amigo y la sinceridad de su enmienda.

Estela a su vez no perdía la esperanza de obtener el consentimiento de su hermano. La actitud de Conrado iba desarmando sus prevenciones, pero estaba lejos de ceder.

—Eres muy niña — respondía a las insinuaciones de su hermana. Te dejas llevar del co-

razón. Yo estoy obligado a proceder con la cabeza. Tú miras el presente y yo el porvenir.

—La conducta de Conrado es satisfactoria y hace por merecerte, lo reconozco, pero soy yo el que ha de fijar la oportunidad.

—Parece que consiente — decía Estela en la retreta de la noche a su novio.—Ayer le hablé; se muestra accesible, aunque no he podido arrancarle nada concreto.

Estela sabía ya los motivos que César oponía a sus amores. El mismo Conrado, haciendo un acto de nobleza se los había dicho en sus confidencias, y es claro... ella... había perdonado. Si le bastaron al principio las protestas de Conrado, con mayor razón después de dos años que las mantenía. Los temores de su hermano le parecían exagerados. Cuatro años de prueba había fijado para autorizar el noviazgo y se trataba de obtener el indulto.

La retreta estaba en su apogeo. En los amplios veredones las muchachas, con sus trajes vaporosos, rondaban como mariposas alrededor de la luz, mientras los hombres, haciendo "calle", acechaban un saludo o una mirada.

Estela paseaba del brazo de Monsegur.

—Es su novio — decía uno al pasar.

—Pero su hermano se opone — agregaba otro.

—Hay motivos de familia — añadía un tercero;—se dice que es afecto a la bebida, aunque a mí no me consta — repetía una mala lengua...

—Es necesario insistir, querida Estela — decía el joven.—La vida es imposible sin ti. Tu hermano cederá al fin. Mi padre está resuelto a intervenir de nuevo, ahora que han reanudado las relaciones.

Si en aquel momento hubiera leído en el porvenir, Conrado habría sellado su boca. Lo que sentía y decía era sincero. Por su imaginación no cruzaba la más remota duda, ni había en sus intenciones la menor sombra de doblez.

Tampoco Estela dudaba. Podía Conrado tener sus defectos, pero esas que le parecían pequeñeces y otras más, estaba dispuesta a soportar. Se sentía feliz pensando en compartir con él las alegrías y las penas.

Por su parte los señores de Monsegur seguían ignorando las razones de César. Si don Félix llegó a tener algún antecedente vago sobre la conducta de su hijo en la vida de estudiante, lo rechazó como una calumnia. ¡No faltaba más! ¡Sólo un envidioso podía decirlo!

Vuelta la relación y aceptado el noviazgo, no había motivo para postergar el matrimonio.

El doctor Lagos resistía contra todos.

Le parecía oir la voz que decía: ¡cuidado! "el que ha bebido, beberá".

No dudaba de la enmienda, pero desconfiaba de la recaída. Quería que la prueba se afirmara.

Después... si su hermana, enterada ya de todo, insistía... él había salvado su responsabilidad. La edad le permitía disponer de si misma.

Prefería cien veces destrozar un corazón, que faltar a su deber.

CAPITULO IX

Tales debieron ser las instancias ante el doctor Lagos, tan reiteradas y continuas, que la resistencia cedió, y aunque de su espíritu no habían desaparecido las dudas, dió su consentimiento.

No lo hizo sin dejar deslindada una vez más su responsabilidad y sin hablar claro a la niña.

Pero, ¡dudar ella de Conrado! Habría dudado primero de su hermano y hasta de sí misma.

Conrado es un marido modelo — decíale poco después.—En casa soy la niña mimada. Ser esposa de Conrado, ese título la colocaba en situación de privilegio. Ella correspondía con el mismo cariño y se ganaba la confianza de todos.

Los señores de Monsegur estaban tan enamorados de la niña como su mismo marido. En el alma de don Félix había llegado a ser la preferida; cuando salía de visita a casa de su hermano, el anticuario quedaba como si le hu-

biera llevado el sillón del virrey o alguna otra joya de su museo.

Estela era la perfección encarnada. Así lo repetía en todas partes.

Para que no faltara ningún detalle, la niña se interesaba por las colecciones. Don Félix lo advirtió con el placer del que descubre un tesoro. La creía inteligente, ahora tenía la prueba.

Combatían sus hermanas la afición, porque había dado en pasar sus ratos en el museo, revisando antigüedades; pero la defendía don Félix, que al sentir en su nuera una aliada, la única de la casa, había recrudecido en su manía.

—Ignorantes — murmuraba delante de Estela, que asentía con la mirada a las afirmaciones de su padre político.—Critican lo que no entienden. La efigie de Carlos III, en una moneda y el sello de Potosí, enseñan más que un año del Colegio Nacional.

—¿Conocen ustedes los virreyes de Lima? ¿Saben las fechas de la conquista? ¿Los hechos culminantes de la colonia? Si hubieran acompañado a su padre sabrían eso y mucho más. La verborragia de don Félix en asuntos de anticuallas amenazaba desatarse de nuevo. Era discreto tratándose de otro tema, pero si le

daban pie al favorito, era como cuando el barreno llega a la napa surgente. Aquello había que cerrarlo con una llave, porque de lo contrario no tenía fin.

Estela, que empezó por satisfacer una curiosidad natural y por halagar al padre de Conrado, adquiría afición por las cosas viejas.

Recorría una por una las colecciones, tomaba datos y apuntes, consultaba libros y poco a poco se iniciaba en los misterios del pasado, que su padre político guardaba entre las paredes de su sala.

Curioso este "bargueño"—decíale una vez que admiraban juntos los primores del tallado.—Estos muebles tienen una distribución interior y secretos que servían cuando faltaban cajas de fierro. ¿Quiere usted abrirlo?

A don Félix le quemó la cara, y algo que debía ser sangre se le agolpó en los carrillos. Con un movimiento instintivo de defensa, sacó el pañuelo y fingió un estornudo.

—¿Estás resfriado? — preguntó Estela.

—Un poco, sí, tartamudeó don Félix, que no sabía como retirarla del mueble.

Estela insistía y a don Félix le iba faltando el terreno donde pisaba.

—¿Quieres prestarme la llave?—dijo miran-

do con sus grandes ojos rasgados la cara descompuesta de su suegro.

Pero al notar el semblante alterado se sorprendió...

—Es el resfrío—dijo don Félix, que en su vida de sesenta años jamás había lanzado un estornudo más oportuno.

Ante la repentina indisposición, la niña propuso dejar para otro día. Ahora que tomara la cama y una taza de borrajas. Don Félix tranquilizó a su nuera y la acompañó hasta la puerta, que aseguró con todas las vueltas de la llave.

Una vez fuera respiró como el que acaba de escapar de un peligro grave. Estela recordó que otras veces le había visto dejar el museo con los ojos llorosos, que sus estadías largas debían serle nocivas, que necesitaba un tónico, que ella consultaría con César, que quizá un poco de vino generoso, a esas horas, convendría a su edad...

—No le sienta — dijo la señora María que escuchaba la conversación.

—No me prueba — asintió don Félix, ratificando la afirmación de su consorte.

Aquel episodio puso en guardia al anticuario y moderó la peligrosa confianza que había depositado en su nuera. Estela era un ángel,

sí, pero un ángel que por poco descubre su secreto. ¡Bonito papel hubiera hecho con aquella botella metida entre tantos resortes! ¡Los aprietos que había pasado! Era necesario evitar que se repitieran...

Apenas solo, el anticuario se introdujo sigilosamente en el museo, resuelto a trasladar el cuerpo del delito al fondo de un baúl antiguo, atestado de trastos inútiles, donde no era dable suponer que llegara la curiosidad de su huéspeda.

La operación marchaba sin tropiezos, y ya había exhumado la botella, cuando un grito en la ventana por poco lo hace desplomar. Don Félix quedó petrificado.

¿Qué?, ¿lo habría visto? — Que mil rayos te partan—vociferó, notando que su amor a la nuera amenazaba trocarse en odio

La voz insistía. Estela llamaba, y con su nerviosidad femenina no admitía espera. Don Félix cerró precipitadamente el mueble y miró a la ventana para asegurarse que no había quedado ninguna abertura peligrosa. En buenas se había metido. Le estaba resultando un caballo troyano, dentro del museo.

—Pronto — repetía la voz,—que el sol calienta y quema la cara.

—A ver cómo no te quema los ojos — dijo don Félix, que pensaba en la dicha de que su nuera quedara ciega, al menos en ese momento.

—Estabas en el bargueño. Ahora no habrás olvidado la llave — dijo Estela, que había sentido venir los pasos del lado de la ventana, cerca del mueble.

—Estaba mirando un cintillo de la época de Rosas — mintió don Félix por primera vez en su vida.

Y sin dar tiempo a su nuera para que repitiera el pedido, mudó de conversación, con tanta maña que evitó el peligro por segunda vez. Le habló de Conrado y de su estudio. De la lucha con los clientes que no pagaban, con los jueces que no fallaban, con los abogados poco escrupulosos. Como la vida se hacía difícil y así no podrían mantener el rango de antes...

Poca mella hicieron en el ánimo de la niña los temores de don Félix; pero, entretanto, aquél había esquivado la maldita curiosidad de la hija. Mientras hubiera cariño entre ellos ¡y vaya si lo había y de buena ley!, con cualquier cosa llenarían el presupuesto. — Dios no faltará — dijo Estela.

—Por de pronto habitaban en la casa "grande". Más adelante, cuando Conrado tuviera

sus ahorros, vendría aquello de que "el casado, casa quiere". La armonía de la familia era imperturbable. Sus dos piezas las tenía arregladas como una vitrina. Casi todo era nuevo. De lo antiguo estaba el jarro de plata con dibujos festoneando la orilla, que de tres o cuatro generaciones venía siendo propiedad de los Monsegur.

—Ha sido del bisabuelo de tu marido—decía don Félix, desprendiéndose de la reliquia.—Que siga bebiendo donde han bebido sus antepasados y que beba como ellos. Ellos fueron hombres derechos como una regla y honrados como una caja de fierro.

Con el jarro para Conrado, obsequióles un óleo para Estela, pintura de mérito que era un primor de la colección. De todos modos en la casa quedaba. Era una "madona" con el niño en brazos, para colgar a la cabecera de la cama.

Las camas de bronce con cubiertas bordadas por ella ocupaban el centro del dormitorio, entre el lavatorio y el ropero de gran luna biselada. Al lado estaba su pieza de vestir, la pequeña biblioteca, los útiles de costura y el escritorio. Por todo, hasta en las salientes del friso, en las rinconeras y estantes, estaban desparramados floreros de porcelana, bibelots de caras japonesas, retratos de familia, miniatu-

ras artísticas. Allí se notaba la mano de una mujer inteligente y enamorada.

Se abrían las habitaciones al gran patio colonial y sobre las puertas caían como una cortina las ramas de una enredadera de tronco retorcido. A través del follaje se perfilaban las torres centenarias de la catedral y la gran cúpula de estilo clásico, con su pátina negruzca.

Entre las faenas domésticas, la compañía de Conrado, un rato de lectura y sus visitas a don Félix, la vida de Estela pasaba sosegada y fácil. Conrado era un celoso guardador de aquel tesoro. Los ratos libres volaba al lado de Estela. Con ella retemplaba sus fuerzas.

Porque la lucha iba siendo cada vez más seria. Era una montaña abrirse camino, y Conrado no se distinguía por la constancia. Muchos amigos que empezaron como él habían buscado acomodo en un puesto, cansados de probar fortuna. Si allí se cristalizaban, quedaba, en cambio, el presupuesto asegurado y el tiempo libre para hacer tertulia.

Tentaciones le venían de imitarlos, harto de vivir entre libros, clientes y escritos. Cuatro horas de trabajo y después echarse cómodamente en un sillón, leer los diarios y las revis-

tas, charlar con los amigos y comentar los sucesos del día—no decía beber, porque eso no entraba en su pensamiento y se sentía capaz de resistir cualquier tentación—el programa era seductor. Con buscar un buen padrino, que los había de lo mejor entre sus relaciones y las de su cuñado, en poco tiempo estaba arreglado.

No era César del mismo parecer. Valía más trabajar libre y luchar, que rendir las armas. El trabajo era más penoso, pero la recompensa, y sobre todo la libertad. más apreciables. La holganza resultaba peligrosa, más peligrosa para Conrado.

César habló a su cuñado con toda franqueza. Cuando se trataba del bien de los suyos no tenía reservas. La vida fácil, la tertulia del club. eran un peligro inmediato para un hombre del carácter y de las inclinaciones de Conrado. A pesar de sus propósitos, de sus intenciones. muy buenas, mejor era prevenir.

Temía por él y por su hermana. La experiencia de médico le había mostrado muchas miserias, miserias morales y materiales detrás de la vida muelle.

En su profesión también tenía dificultades. Las tres cuartas partes del trabajo profesional lo hacía... por amor de Dios. Entre los po-

bres, los parientes y los enfermos de mala fe las entradas eran reducidas, pero no le importaba, mientras alcanzara para vivir con decencia.

Otro inconveniente apuntaba César en el empleo. Que enajenaba su voluntad y su opinión a la del gobierno. Y enajenar la libertad de opinión era enajenar lo más precioso que el hombre posee. Valía más la escasez con libertad de acción y de palabra, que la abundancia con cadena al cuello y la boca cerrada.

No podía resistir Conrado las reflexiones de su hermano y resolvió no hablar más del asunto.

La prudencia aconsejaba no jugar con fuego.

Volvió a la lucha con nuevo empuje. Pero le aplastaba el ambiente.

Era como si las barrancas que rodeaban la ciudad, cargaran sobre sus espaldas; como si respirara un aire espeso que le entorpecía los movimientos.

Animoso, entusiasta, se estrellaba contra la apatía intelectual y física, que era la nota dominante.

A pesar de todo insistió con más bríos.

Pero la realidad no respondía. ¿Valía la pena de seguir empeñándose en un imposible?

La lucha interior era todavía más recia que

la profesional. El carácter de Conrado se mudaba. Andaba pensativo, callado. Estela lo advirtió con alarma y procuró, con cariño, conjurar el mal. No había motivo para sus cavilaciones. El trabajo y las posiciones ya vendrían. Otros llegaban pronto, pero quizá comprometiendo su independencia. La situación económica no era para desesperar, ni mucho menos. Algún día cambiarían las cosas. Nada de eso valía lo que su tranquilidad y salud.

¡Los grandes ojos de Estela se empañaban por primera vez después de dos años de felices amores! Conrado sufría y no podía impedirlo.

Buscando el remedio, ella misma lo acercó al abismo.

Su esposo precisaba distracción. La vida del estudio y de encierro, deprimían su sistema nervioso y le ponían al margen de la neurastenia. Le convenía distracción y no encontraba otra que sus amigos. Prefería renunciar algunos ratos a su compañía con tal de que distrajera sus preocupaciones. Ella no veía los inconvenientes que su hermano. Conrado no era un niño para dejarse arrastrar y pervertir con malos ejemplos...

La solicitud de Estela, su nobleza de alma,

la abnegación que mostraba en obsequio de Conrado, le conmovieron. Su cariño por ella no había fallado un instante; el tiempo solo había borrado las primeras efusiones y el hábito moderado, los entusiasmos de la luna de miel.

Pero la vieja pasión no estaba extinguida. Una fuerza extraña lo empujaba con más violencia que nunca, avivada por el tedio y el desaliento. Y Conrado era de fondo débil. No sabía esperar.

Lo perdió la falta de carácter.

CAPITULO X

En los salones del "Cine Club" se bailaba con motivo de las fiestas patrias.

Parejas y más parejas trepaban la escalera tapizada de alfombra roja y adornada con plantas tropicales. Dos filas de hombres, de todas edades, alineados a lo largo cambiaban saludos y hacían comentarios sobre los recién llegados.

Las parejas subían lentamente, mostrando las mujeres sus trajes lujosos, sus escotes más o menos recatados y los tocados artísticos.

Conrado y Estela entraron a su vez. El era socio del club desde el último mes. Amigos y colegas habíanle recibido con marcada simpatía. Su aceptación se votó por unanimidad; el club se honraba en contar con un socio de las calidades del doctor Monsegur

La sala deslumbraba con las luces multiplicadas en los espejos. Un murmullo continuo llenaba el recinto, interrumpido a intervalos por la orquesta que realizaba el programa alternando los compases del vals con las notas cadenciosas del tango.

Remolineaban los jóvenes, llenaban las muchachas sus "carnets" prefiriendo sus simpatías, criticaban las mamás con ensañamiento, despedazaban los hombres al prójimo y quedaban mal paradas algunas honras.

La fiesta calentaba las cabezas.

Los esposos Monsegur conversaban en un rincón de la sala.

. . . .

Pasaban las de Bermúdez. Una dama cincuentona, con los brazos desnudos haciendo juego con el pecho y las espaldas. Dos muchachas la seguían, alhajadas como en día de bodas. Conrado hizo una exclamación de sorpresa. ¡El marido acababa de hacer cesión de bienes! El había intervenido como abogado, para evitarle la cárcel, renunciando, por supuesto, a los honorarios. ¡Al fin eran más necesitados! Se necesitaba desvergüenza para presentarse al día siguiente en un tren que no podía tener su propia mujer. Eso era reirse de él. Conrado hizo el propósito de enviarle la cuenta y demandarlo por el pago.

. . .

—¡Adiós, nena! — dijo Estela.

—¡Adiós, Estela!—contestó una voz de chica.

Era Mechita García, que valsaba con un jovencito muy acicalado, peinado a la moda, zapatos con moño de seda y perfil de figurín.

—¿Con quién va?—preguntó Conrado.

—Con el hijo de Wilson.

—¡Pobre chica!

El hijo de Wilson era un pebete con más picardías que pelos en la cabeza. Simpático, culto, capaz de engañar a cualquier mujer, ocultaba, con astuto disimulo, un alma atravesada y un corazón de viejo corrompido.

—Fíjate cómo baila—observó Estela escandalizada de la forma cómo tomaba a la chicuela, que tenía deseos de arrancarle de los brazos.

—No tiene ella la culpa — dijo Conrado.— La culpa es de la madre. Allí la ves, en rueda con otras señoras.

La señora de García departía, en efecto, con sus amigas, tan tranquila como si estuviera con Mechita en la misa del domingo.

. . . .

—La de Quesada—dijo Conrado, tocando a Estela con el codo, a tiempo que una silueta de reina saludaba con un imperceptible movimiento de cabeza. Iba a festejar el segundo año de viuda, con las segundas nupcias.

—Dicen que es moda—murmuró Conrado al ver perderse entre las parejas, la arrogante figura, que en todo pensaba menos en el difunto marido.

—¿Moda?—protestó Estela con candorosa sorpresa.—¿De modo que si muriera, tú te casarías el año entrante?

—Tranquilízate, mujer—contestó Conrado.—Ni te morirás, ni me casaré con nadie en el remoto supuesto de que me dejaras solo. Soy enemigo de la moda. Y aunque fuese amigo, ¿dónde encontraría otra mujer como tú?

Estela sonrió. ¡Qué bueno era Conrado!

. . . .

Se oyeron los preludios del "tango criollo".

Una música quebrada y sensual, de organillos callejeros y café-concierto.

Las parejas llevaban el compás al son de las cadencias. Contorsiones, aproximaciones y posturas denunciaban el origen espúreo de aquella danza que ha subido de los bajos fondos hasta los más altos salones.

Estela lo veía por primera vez. Lo que había oído resultaba pálido.

—¡Había de permitir a una hija mía estas libertades!—dijo con la cara roja de vergüenza.

—¡Jesús, qué pulcra!—exclamó una voz que salía de sus espaldas.

La señora de Monsegur volvió la cabeza y se encontró con la de doña Teresa, que acababa de anclar sus sesenta años en la silla pró-

xima. Era la señora de García, la madre de Mechita, en carne y hueso.

Entablada la conversación, la señora Teresa disertó sobre el baile con una competencia que le hubiera sentado mejor sobre los mandamientos de la santa madre Iglesia o el modo de administrar su casa.

—Su Mechita tenía el programa completo... "Tres valses, dos tangos, el cotillón"... ¡Cómo se entretenía!... A ella siempre le había gustado el baile; pero desde la muerte de su hijo, la quiebra ¡del pobre! García y la desgracia de Pepita, abandonada por el marido, no había pisado al club.

Comparado con el baile, la diversión más honesta resultaba peligrosa. Ella llevaba a su hija con la misma confianza que al mes de María.

—Perdone usted, señora, no estamos de acuerdo en algunas cosas—dijo discretamente Estela, sofocada por la ligereza de cascos de la García.

—Ya sé; te he oído—contestó atufada.—Estás hecha una mojigata; ¿dónde has aprendido estas cosas? Vamos, hija—siguió diciendo con la familiaridad que le permitía el haberla visto nacer y su vieja relación de familia—debiste entrar de monja.

—Señora Teresa—balbuceó Estela— usted es demasiado tolerante...

—Por no decir tonta—masculló, entre dientes, Conrado, que seguía atento la conversación.

—¡Beata!—articuló la dama de los sesenta, siempre picada...

—Vieja loca—pensó la de Monsegur.

. . . .

En ese momento Wilson, desprendiendo a Mechita del brazo, la depositaba al lado de su mamá. Hizo un saludo y se inclinó hasta los pies de doña Teresa, con una distinción, que la dama sintió tentaciones de darle un beso.

—Es una monada—dijo la respetable señora Teresa con voz de contrabajo.

—¿Estás contenta, hijita?—preguntó.

—Sí...—contestó tímidamente Mechita, que sentía repercutir en sus oídos algunas palabras atrevidas del mozalbete.

—Wilson... es un partido—refunfuñó doña Teresa al oído de Estela.

Eran las dos de la mañana y estaba tendida la mesa con los refinamientos de la cocina y de la bodega.

La concurrencia arremetió contra las fuentes y las botellas como si llevara dos días de

ayuno. Era de ver en lo que quedaban algunas pulcras señoras y coquetas muchachas. ¡Para qué decir de los hombres!

El vino y los licores circulaban como el agua por las cañerías del servicio público.

Fuera de la gran mesa, otras pequeñas estaban diseminadas por los patios entre plantas y luces de colores.

Los esposos Monsegur ocuparon una. Sin que Estela sospechara, estaba en inminencia del peligro.

La animación llegaba a su apogeo. Una pareja amiga se acercó a la mesa de Monsegur. La conversación se hizo general.

Cuatro años hacía que Carlos no bebía una gota. De mantener ese juramento dependía su felicidad y la de Estela.

Un "mozo" presentó en la bandeja las copas espumantes de vino color ámbar con los flancos escarchados. Las dos señoras tomaron las suyas y el amigo apuró otra paladeando las burbujas aciduladas, que estallaban contra el paladar con un picor suave y refrescante.

La noche era calurosa. La cabezas cargadas con el rumor de la fiesta.

—¿Y tú, Conrado?—preguntó el amigo.

—No tomo—dijo sintiendo que le flaqueaban las fuerzas.

El conflicto entre la voluntad y la pasión se reprodujo con nueva violencia.

Conrado vió el peligro y tuvo miedo. Pocas veces la tentación se había hecho más seductora. Una nube le cegaba los ojos. . ¡Si transara!... ¡Una copa, nada más!... Pero no. Una vez dentro el enemigo, la plaza estaba rendida... No tomaría... La felicidad de Estela... el hospital... la cárcel... pasaban por su imaginación...

—¿No te prueba?—insistió el amigo, empeñado en convencerlo.

—¿Te sientes mal?—agregó Estela, inocente de sus tribulaciones.

—Temo que me haga daño—dijo Conrado, y miró a su mujer como el que implora auxilio.

—Es usted aprensivo, doctor—terció la amiga, que creía hacer un cumplimiento y desvanecer un temor infundado.—El champagne es el más sano de los vinos. Los médicos lo recetan... ¡Con esta noche!... ¡Y este calor!...

—Recuerdo que César lo aconseja siempre—agregó Estela, que parecía conjurada con la tentación.

—A tu edad, con esas aprensiones—insistió burlonamente el amigo.—Déjalas para después.

Conrado sentía caer las últimas resistencias

y debilitarse la voluntad. Era demasiado para sus fuerzas.

Quiso levantarse y no pudo. De nuevo pasaron por su imaginación los buenos propósitos tantas veces repetidos... su hogar... sus padres... su mujer... el hospital... la cárcel... el pasado... el porvenir...

La tentación arreciaba. Todo conspiraba a empujarlo... ¡hasta su Estela!

. . . .

Luchó todavía, como un náufrago antes de sepultarse.

Luego... maquinalmente... alargó la mano... sintió en las yemas de los dedos la frescura de la copa helada... la llevó a los labios... y ¡bebió!... bebió como un enfermo atormentado por la sed.

Como si hubiera saltado un resorte oculto, una extraña sensación se despertó en Conrado de Monsegur. Los viejos instintos dormidos, los apetitos refrenados, los hábitos olvidados, el atavismo que dormía... todo se sublevaba de nuevo. Retoñaban con nueva fuerza las raíces...

Tomó la segunda copa... ¡y la tercera!

Satisfecho el apetito, reaccionó. Los prime-

ros signos de intolerancia, ligeros y fugaces, despertaron su conciencia.

Se dió cuenta, y excusándose por un repentino malestar dejó los compañeros de mesa y abandonó el club.

Estela se desconcertó. ¿Qué significaba la enfermedad súbita de Conrado?

Eran las cuatro de la mañana. Frente a la casa de Monsegur, cuando Conrado abría la puerta de calle, paraba un coche. César regresaba de visitar un enfermo y había conocido a sus hermanos. Bajó para saludarlos. —¿Del club? — Sí, — respondió Estela.

La luz del zaguán daba sobre la cara desencajada de Conrado. César besó a su hermana y abrazó a su cuñado. Un olor de vino se mezclaba con el aliento.—Se ha sentido mal—dijo Estela.

César subió al coche con el corazón oprimido.

La vida de Monsegur no tenía explicación para la gente joven. Un hombre entregado por completo a su hogar y a su trabajo, a su edad, que no iba a fiestas, que ni jugaba, ni bebía, resultaba un sujeto anacrónico, una especie de secuestrado que era necesario libertar.

Estaba bien el trabajo, todos lo hacían, pero no había que reventar, ni ser tan escrupuloso.

En la rueda de club y entre el grupo de sus amigos Conrado servía de tema.

—Es un misántropo—decía Martínez— .. y un ermitaño—Pacheco.

—Parece un viejo de setenta años — decía Duval, su condiscípulo y amigo de la niñez.— ¡A los veintiocho años! vivir consagrado a la mujer y a los libros... vale más que su suegro lo coloque en el museo como una curiosidad.

—¿Y a qué se debe todo?—preguntó Marquez.—Siempre lo he encontrado irreductible: "que le gusta la sociedad de los amigos... pero que el club no le conviene... que le falta tiempo... que tiene mucho trabajo..."

—Son ideas de Lagos—dijo Pacheco, que era íntimo de César.

Pero en el grupo la verdadera causa quedaba oculta. Ninguno sabía los pormenores de su vida en la capital, en su carrera de universitario.

La crítica no amenguaba, sin embargo, el cariño y simpatía que sentían por Conrado y el ascendiente que le daba su conducta y sus condiciones caballerescas. Donde él iba se im-

ponía como cuando capitaneaba los compañeros del colegio.

Por eso extrañó a "la rueda" su mudanza. Después del baile conmemorativo, al menos le veían algunas tardes. Eran entradas rápidas, saludos y apretones de manos y observar de pie alguna mesa de juego, pero al fin acusaban que se iba modificando.

La vida de club le tenía reservados días amargos.

Para la generalidad, y sobre todo para los hombres maduros, esa reunión donde se conversa, se juega, se bebe o se discute, es un pasatiempo inofensivo. Es casi un número obligado en los ratos perdidos. Para la gente joven es al contrario un peligro, y para los predispuestos como Conrado, la ruina. Muchos se han perdido por ese camino.

Conrado fué, poco a poco, aficionándose.

Estela lo notaba con sobresalto.

Dejaba tarde la cama, los clientes le buscaban inútilmente, los asuntos se retardaban. Su carácter cambiaba; a veces era brusco, impaciente; otras estaba preocupado, triste...

Un vago presentimiento denunciaba a la niña el peligro. "Quiera Dios que no tengas que arrepentirte—habíale dicho su hermano la víspera del casamiento".

Pasaban unos días y todo volvía al orden; las dudas de Estela desaparecían. Era siempre su Conrado, el mismo. La niña no sabía qué pensar. Conrado pasaba largas horas fuera de su casa. Iba a los tribunales... por sus asuntos...

El club distaba apenas tres cuadras.

Conrado se echaba en un sillón los días de verano y dejaba correr el tiempo en ese estado de espíritu, en que, sin pensar nada concreto, se piensa en todo. Las bandejas desfilaban ante sus ojos como figuras tentadoras...

A ratos meditaba. ¡Cómo cambiaba su criterio!... La vida de hogar, de trabajo, las costumbres austeras... esos cuatro años, vividos en el orden, le parecían un paréntesis feliz, pero artificial... No era ese el camino... El estaba desorbitado... La vida no podía ser la inmolación y el sacrificio constantes, la consagración sin más compensaciones que las de la conciencia...

Se argumentaba a sí mismo, con esos sofismas, como si fueran verdades, y a fuerza de pensarlo... pensaba... ¡que lo creía!

Aquellos colegas amigos y compañeros estaban en lo cierto.

No era malo beber, ni jugar... eran cosas

de los hombres... siempre que se salvara el buen nombre y el concepto social!...

¡El era un lírico! ¿Qué resultado le daban sus austeridades y principismos? Había que ser más práctico...

La frescura del aire y el rumor del ventilador que zumbaba con su andar vertiginoso, le producía una agradable sensación de olvido, un abandono voluptuoso, una soñolencia que le invitaba a quedar horas inmóvil...

Conrado seguía pensando. Ya no era un niño. Le sobraba juicio para quedarse en lo justo. Una cosa era ser un perdido y otra vivir como anacoreta. Un poco de alcohol no era malo. Si en el baile cometió algún exceso, no había vuelto a repetirlo. A su juicio, no pasaba nunca los límites.

El cambio se acentuaba. Hasta sus ideas fundamentalmente cristianas empezaban a extraviarse. Por lo que tocaba a las prácticas, las tenía casi abandonadas. El alcohol parecía dañarle, más en el espíritu que en la materia.

Iba a beber una copa y creyó escuchar la voz de César. Se ocultó como un criminal. Pero no. La imaginación le había engañado. Lanzó una exclamación de fastidio. Le molestaba ya

aquel cuñado, que le quería como un hermano, que era su amigo... pero que le resultaba un perpetuo censor.

Y ¡qué diablos! no era un nene para aceptar padrinos. Podía hacer lo que le diera la gana.

Para probar que era mayor de edad y que no aceptaba tutores, en un arranque de independencia y de "hombría" apuró el licor. Cada trago quedaba un instante entre la lengua y el paladar, para sentir el gusto quemante del cáustico. En seguida, un calor de brasa que salía del estómago irradiaba a todo el organismo y llegaba hasta la cabeza el vapor sutil del espirituoso.

La rueda de amigos se agrandaba, cuando avanzaba la tarde. Se hablaba de las novedades del día. Se hacía política. Las elecciones y el cambio de situación mantenían los espíritus en una tensión mortificante. El tema era fecundo.

El grupo pedía de beber. Conrado se excusaba débilmente, cada vez menos.

—Debe pertenecer a alguna sociedad de templanza—decía uno—¡Alarmarse por un par de copas!

Con la broma, Conrado se dejaba convencer. Llegaba otra copa, una tercera, y la rueda se animaba. Política... guerra... mujeres...

juego... todos los temas pasaban en la revista. Conrado se desprendía a duras penas del círculo...

Salía con las piernas que le flaqueaban, sofocado por el calor de fuera y por el fuego interior, desprendido el chaleco, echándose aire con el sombrero de paja, en la cara congestionada y sudorosa.

En la calle le parecía recobrar su dominio. ¿Dónde estaban sus juramentos, su palabra empeñada... su carácter? El remordimiento se levantaba en el alma, que la pasión dominaba. Sentía por momentos vergüenza de sí mismo, de su cobardía, del club, de los amigos... Luego, el alcohol le trastornaba la cabeza.

Con su vestido de paseo, asomada al balcón, la cara apoyada en la mano y la mirada vaga, Estela esperaba todas las tardes.

Aquel día las horas pasaban. ¡Conrado la había engañado!... La cita con el cliente era un pretexto...

Los ojos de Estela, dibujando en sus pupilas los pensamientos del alma, penetraban a lo lejos, entre las siluetas distantes para distinguir la figura de Conrado, los levantaba al cielo en actitud de plegaria o los cerraba, evocando días felices....

Bajo el ala de tul de su sombrero, la actitud meditativa destacaba la corrección de sus líneas. Una lágrima cayó sobre el mármol del balcón.

Conrado apareció, tarde, doblando la esquina. La niña corrió a su encuentro.

Quería explicarse, pero le traicionaba la cara descompuesta y el olor aguardentoso.

Hasta entonces Estela no había visto nunca un ebrio, sino de lejos.

Ahora se explicaba todo.

La había engañado vilmente...

Indignada al tener la certidumbre, se apartó de su marido, entró en su habitación, tiró el sombrero sobre la mesa y se echó a llorar. Conrado entró detrás, a tientas y se durmió en el sofá, con la cara inyectada y la respiración estertorosa de los sueños tóxicos.

Estela se creyó la mujer más desgraciada, en su media hora de llanto. En seguida se incorporó, lavó los ojos con agua fresca, compuso el vestido, volvió a colocar el sombrero, y lanzando una mirada de reina ofendida sobre Conrado, que dormía profundamente, salió a la calle, de noche cerrada, en dirección a la casa de Lagos.

—Lo sé todo—dijo César al verla entrar y recibirla en sus brazos.

—¡Si te hubiera escuchado!—exclamó ella sollozando.

César fué prudente, y procuró calmar la justa indignación de su hermana. La gravedad del caso lo exigía.

Acarició a la niña, habló a su razón, alentó la esperanza, recordó sus deberes de esposa, que la obligaban a tolerar los defectos de su marido y del brazo la condujo hasta el auto, que esperaba en la puerta del consultorio.

Nada translucían, don Félix y su esposa, del drama que se jugaba en las habitaciones de sus hijos, pero inquietos de la tardanza de Conrado y del silencio de Estela, fueron en procura de la causa.

Su nuera entraba en compañía del médico.

—Conrado se ha sentido mal. Por no afligirlos he ido a llamar a César sin avisar—dijo la niña, dando espaldas a la luz para que don Félix no advirtiera que había llorado...

—No me gustan estas indisposiciones— dijo el anticuario, que hubiera encontrado con más facilidad el esqueleto del primer hombre, antes que la causa de la enfermedad de Conrado.

—Ya tuvo el ataque en Valle Hermoso ¿recuerdas?... el otro día... tú me dijiste... no sé qué... en el club, la noche del baile...

—No es nada—decía Estela, que deseaba conservar su ignorancia.

Pero don Félix estaba resuelto a salir de dudas. Resuelto a todo, si algo grave pasaba, él debía saberlo.

César creyó oportuno hablar la verdad. El hecho era público. Su hermana necesitaba protección, y sus padres políticos no podían estar ciegos.

A la interpelación de don Félix contestó primero con un "no es nada", pero urgido por el anticuario, habló.

Antes de que Lagos terminara, Conrado se incorporaba en el sofá y echaba en la cara de su padre una expiración alcoholizada y caliente, que no dejaba dudas.

Don Félix quiso caerse de espaldas. Como si se hubiera desplomado en sus hombros la torre de San Ignacio, quedó anonadado.

¡Su hijo, su Conrado! ¡Más hubiera querido morir!

. . . .

Arrastrando los pies y sudando frío, fué a encontrar a la señora María que esperaba en la puerta.

—Entra y mira—dijo, con el semblante demudado, como si fuera a darle un desmayo.

CAPITULO XI

Sobre una calle apartada, rodeado de jardines, levantábase un hospital moderno, con pabellones aislados. Al frente, una gran portada de fierro con el escudo de armas de la nación, llevaba escrito en grandes caracteres: "Hospicio de Alienados".

Una vereda bordeada de plátanos, con tupido follaje de verano, conducía en diagonal hasta el pabellón de la administración.

César y Conrado, invitados por el profesor Cardet, director del establecimiento y catedrático de mentales en la Facultad de Medicina, visitaban el hospicio. Lagos tenía por el director un viejo afecto, y había sido en el aula uno de sus discípulos aventajados.

"El maestro", como le llamaban los estudiantes, era ya entrado en años, bajo de estatura, de cabeza despoblada, de amplia frente y color trigueño subido. Hecho a vivir entre el sufrimiento, era de condición bondadosa y atraía apenas se habían cambiado con él cuatro palabras.

Su preparación era proverbial. Llevaba tres cuartos de su vida, entre las paredes del hospicio, donde había ingresado como practicante para llegar después a la cátedra y la dirección. Cabíale el honor de haber convertido el establecimiento en un modelo y de haber iniciado en el país la enseñanza de la Psiquiatria, de acuerdo con los progresos científicos.

Tan largos años llevaba de convivencia con los pensionados, que las malas lenguas contaban rarezas de su carácter, dándoles ribetes de contagiado desequilibrio, que no eran, por cierto, otra cosa que modalidades personales. Era. a la verdad, tan cuerdo como el que más.

Acostumbrado a hacer de cicerone, tomó la delantera y empezó, la que para él resultaba siempre grata tarea. Como que todo aquello era en gran parte, obra de su inteligencia y de su constancia.

—Había en la casa mil quinientos alienados, repartidos en cinco pabellones. El de la izquierda, a una veintena de metros, con sus dos pisos, recién construído, era el departamento de pensionistas. Cada enfermo disponía de su habitación y servicio por separado. Como estaban aislados no se clasificaban por el género de la dolencia; por el contrario, el

resto de los asilados comunes, se dividía en agudos, crónicos, paralíticos, etc.

El pabellón del centro se destinaba a observación. Allí se estacionaban los enfermos a la llegada antes de ser internados, hasta hacer el diagnóstico.

El del fondo, detrás de la sala de observación, era el de locos criminales.

Se redoblaba la vigilancia no sólo por tratarse de alienados peligrosos, sino también para descubrir simulaciones que no eran raras.

El primero de los pabellones a la derecha, se destinaba a los agudos, el segundo a los dementes, el tercero a los idiotas.

En un extremo estaban el laboratorio y sala de autopsias.

El maestro seguía dando los pormenores. Todo resultaba novedoso para Conrado que no tenía, de locos y de hospicios, más que vagas ideas.

El maestro terminó con los detalles de construcción y pasó a los asilados. Entre las causas productoras de la locura, una, sobre todo, entraba en el cincuenta por ciento de los casos. El alcohol. Conrado de Monsegur abrió los ojos con sorpresa.

—Sí, señores, el cincuenta por ciento — re-

pitió el doctor Cardet, alcanzando a sus huéspedes una memoria donde constaba la cifra, invariablemente repetida año tras año.

Y por lo que podía caber alguna duda, entró con ellos a la sala de observación.

—Ese que ustedes ven es un caso frecuente de delirio alcohólico. El "delirium tremens". El doctor Lagos habrá observado muchos en su clientela. Su estado de furor es causado por alucinaciones de los sentidos. Ve fuego. Pasean por su cama escarabajos, ratones, animales inmundos. Lo persiguen ladrones y asesinos. Oye voces que lo insultan, disparos de armas de fuego. Siente que le pican víboras y hormigas. En su terror, estos enfermos son capaces de llegar al suicidio. En ciertos casos, conservan la alucinación como si se tratara de un hecho real y denuncian crímenes con tales detalles, que la policía ha debido proceder a la investigación. No es raro que mueran en pleno delirio.

El profesor hablaba con toda tranquilidad, frente a aquel pobre que se retorcía como un poseído.

Los rasgos del enfermo acusaban que no era un vulgar. Su clase social se advertía en el cutis fino y blanco, la nariz recta y el traje correctamente vestido.

—¿Podría saber su nombre?—preguntó Monsegur, que le pareció conocer al alienado.

—Su nombre, no—dijo el profesor.—La familia exige reserva. Pero puedo decirle que se trata de una persona conocida, con hábitos alcohólicos que anoche ha tenido su ataque a raíz de un exceso de bebida. Es la segunda vez que viene por la misma causa. Temo que a la tercera las cosas no tengan buen fin.

El profesor dió una orden y echó una mirada por el resto de la sala.

Conrado estaba horrorizado. El alcohol había convertido a ese hombre en una bestia feroz, que sólo dominaba la camisa de fuerza. La repulsión que inspiraba era como para no probar en la vida una gota de alcohol.

¡Si pudiera exhibirse como ejemplo en cada sitio donde se bebe! Quizá el temor haría retroceder a muchos.

Veinte metros de parterre, con macizos de césped festoneados de violetas y caminos colchados de arena y polvo de ladrillo, separaban la sala de observación del pabellón de agudos.

Muchos eran alcoholistas.

—Vamos, amigo Bertrand—dijo el maestro golpeando la espalda de un mocetón, que ab-

sorto en un pensamiento fijo, quedaba indiferente con los ojos clavados en un objeto invisible.—¿Qué le preocupa? ¿Por qué está triste?

Como si la pregunta avivara el dolor, el loco, sin levantar la mirada, ni pronunciar una palabra, lanzó un profundo suspiro y dejó escapar dos lágrimas que rodaron hasta la barba.

Fueron inútiles las preguntas. "El melancólico" parecía la personificación del silencio.

Otros compañeros de Bertrand se paseaban con aire taciturno, como bajo el peso de una inmensa desgracia.

El horror que inspiraba el enfermo de la sala de observación, se cambió en pena ante el desventurado "melancólico".

Porque, indudablemente, sufría. Su desgracia no era real, pero le había formado un estado de conciencia y a él obedecía.

—¡Cuántas veces no pasamos angustias por sucesos imaginarios! Pues lo que sucede normalmente en forma transitoria, adquiere en estos enfermos estado definitivo—dijo el doctor.

El estado de sufrimiento quitaba al enfermo su apetito, habíale demacrado, con otras perturbaciones concomitantes. En algunos meses más, o mejoraría o pasaría al estado de estupor, que podía terminar en la demencia.

—Es joven—agregó el profesor—hijo de comerciantes de la campaña. Siendo estudiante se hizo alcoholista. ¡Apenas tiene veinticuatro años!

Una vereda que corría entre rosales y crisantemos, después de un centenar de pasos, conducía a otro pabellón, de construcción elegante, con techo de dos aguas cubierto de tejas y guarda de azulejos que lo rodeaba como una cinta a la altura de la cornisa.

Locos tranquilos, de uniforme gris y gorra del mismo color, hacían en los alrededores el trabajo de jardinería. Otros, sentados en los bancos a la sombra de "las tipas", parecían entregados a graves preocupaciones, o estallaban sin motivo en risas estrepitosas o gritos desaforados.

—Los locos son industriosos — observaba de paso el doctor Cardet—casi todo el servicio se recluta entre los mismos pensionistas. Amén de economía, resulta una ayuda eficaz del tratamiento. Y no son solamente los oficios simples como jardinero o panadero. La banda de música, que se oye en este momento, está compuesta por locos y ¡admírense ustedes! redactan un periódico, que aparece con el título de "El Eco del Hospicio".

—¿Escrito por locos? — preguntó Monsegur, que creía haber oído mal.

—Por los locos, es claro — contestó el maestro — y con el agregado de que se encuentran cosas más cuerdas que en muchos periódicos redactados por gente de juicio.

El pabellón era de los "delirantes crónicos".

—¿Quiere tener la bondad de indicarme dónde se encuentra el señor Golzer, dijo el profesor dirigiéndose a la hermana de San Vicente, ocupada en administrar una poción a un viejo, que la rechazaba con impaciencia.

—En el número 9 — respondió una voz cristalina.

Golzer era uno de los pensionistas viejos de la casa, conocido de todos los estudiantes porque servía de caso clínico para estudiar la "paranoia alcohólica". A los cincuenta años, era casi un viejo. Su tipo de sajón era visible en el cabello rubio, los ojos color celeste, bajo arcadas salientes, que hacían juego con sus prominencias frontales, en el bigote poblado y la boca amplia y en el color transparente de la piel, bajo la cual serpenteaban várices filiformes en madejas desparramadas por ambos carrillos.

Al saludo del doctor Cardet, respondió Golzer con toda cortesía y razonadas palabras.

Parecía de una lucidez que daría envidia a muchos cuerdos.

Golzer contó su historia. Una triste historia de familia. Una conjuración de la esposa, los hijos y los parientes, una trama infame llevada con astucia diabólica para desligarse de su persona y apoderarse de sus bienes.

No había en el relato ninguna contradicción, y tan bien abogaba en su favor el pobre recluído, que Monsegur quedó convencido del crimen. Se trataba sin duda de un caso de secuestro que como epílogo de un drama íntimo de familia había parado en el manicomio.

Hasta un profesional poco experto hubiera caído en error, ante la solidez de la argumentación y la forma comunicativa con que se expedía.

—Bien, señor Golzer—dijo el maestro. Los señores harán la diligencia. Quede usted tranquilo.

Golzer tenía un "delirio sistematizado". Otra de las formas de la locura alcohólica.

Era un obrero, padre de familia. Durante muchos años bebía cerveza en exceso. Tenía su segunda entrada al hospicio y dejaba la mujer y los hijos en la miseria. Todo lo que había referido era una leyenda nacida en su

cerebro de intoxicado. Era la característica de su locura. Forjado el drama, el enfermo lo vivía.

¡Cuántas veces los dramas de la vida, no tienen más fundamentos que los delirios del desgraciado Golzer!

—Difícilmente curará — dijo el doctor Cardet.

—El enfermo que se sienta al frente, es lo que llaman los alemanes "locura moral alcohólica" — continuó el maestro, sin acordarse que aquello no era una clase de psiquiatría sino una visita de amigos. Pero no se distinguía el hombre por el silencio y en tratándose de su hospicio y de los pensionistas, había que resignarse a escucharlo con paciencia.

Era un joven médico, de familia italiana, que periódicamente se recluía. Pocos días de abstinencia le bastaban para la reacción. En apariencia, era un sujeto normal y dentro del hospicio se conducía correctamente. Protestaba enmienda pero abandonaba el hospicio y no paraba hasta la última degradación.

Había una verdadera perturbación de la sensibilidad moral. Se volvía indiferente con los suyos, abandonaba su profesión, se mezclaba con gente de mal vivir.

No tenía más ideal que beber. Cuando agotaba los recursos, pedía limosna, vagabundeaba, robaba, hasta que la policía se encargaba de internarlo.

A falta de alcohol, era capaz de beber el kerosene de la lámpara.

Conrado creyó que contaban el principio de su caída.

—Poca esperanza—dijo el doctor Cardet—. El alcohol aplasta la voluntad y es un tirano implacable.

Al dejar el pabellón de crónicos, cruzaba un loco de aspecto majestuoso.

Modesto agricultor piamontés, el delirio le convertía en millonario y las supuestas riquezas le daban el aire de gran señor, que paseaba entre sus colegas del hospicio.

—Señor Vandervilt— era el apodo del hospicio — llamó el profesor, acercándose al pensionista, que con los pulgares en las aberturas del chaleco y la cabeza en extensión forzada, miraba desde la altura de sus millones.

—Que preparen el coche. Esta tarde es la recepción en la embajada —ordenó por toda respuesta el loco, como dirigiéndose a un lacayo... y siguió con su empaque por los jardines.

—Es un seudo-paralítico, por alcoholismo—dijo el maestro.

Se parece en algunos síntomas, pero en otros difiere, de la enfermedad clásica del mismo nombre.

Vandervilt, no está muy satisfecho, a pesar de sus riquezas. Hay en él cierta angustia. No presenta trastornos paralíticos de la locución, ni rigidez pupilar refleja.

El diagnóstico diferencial suele ponernos en aprietos. Tiene alta importancia porque el pronóstico varía fundamentalmente.

Vandervilt, continuaba su paseo, ostentando sobre el pecho dos pedazos de hojalata, con que le habían "condecorado" las potencias extranjeras.

—Menos mal, cuando la locura presenta esa forma—dijo César.—Ese pobre piamontés vive en el mejor de los mundos. ¡Quién sabe sino es más feliz así, con sus millones imaginarios, que trabajando enloquecido la tierra, para acumular millones reales!

—El departamento de los "dementes"—dijo el doctor Cardet, empujando la puerta de un enorme salón, que a la vez se abría a un patio rectangular, de donde venía un confuso rumor de voces.

—Los pensionistas de este departamento son los definitivamente incurables — prosiguió — viven, comen y duermen como animales. Es la terminación o el último término de la locura. La vida vegetativa pura, en seres racionales.

—César pensó en la frase del Dante: "Lasciate ogni esperanza, voi qu'entrate..."

Su aspecto físico es satisfactorio, pero como puede serlo el de un novillo engordado o el de un cerdo.

Mientras atravesaban los grupos que miraban con aire de imbecilidad, el maestro hablaba: "puede decirse que este pabellón es el osario común donde vienen a parar los residuos de todas las locuras. De aquí se sale para la mesa de autopsias".

Las caras estúpidas causaban honda compasión.

Tendidos en el suelo, devorando el alimento como animales, perdido todo resto de cultura, con la mirada apagada, la marcha incierta, el corazón se oprimía ante aquellos seres humanos reducidos a la deplorable condición de los brutos.

Jóvenes que tuvieron talento y posición; profesionales de mérito, obreros capaces, padres de familia, ancianos; otros en la plenitud

de la vida, algunos casi niños, se confundían sin más ideal que satisfacer las necesidades de la vida animal.

¡Qué cuadro y qué ejemplo para los amigos del alcohol!

—¿A cuántos llegan hoy, sor Clara?—interrogó el director.

—Pasan de trescientos—respondió la interpelada, una hermanita de rasgos delicados y grandes ojos serenos, que con dulce sonrisa se mezclaba entre el grupo revuelto de los dementes.

—Admirable mujer—dijo el doctor Cardet. —Veinte años lleva de la misma vida y siempre igual. Su celo no decae. Su bondad es inalterable y su virtud probada. Todos la queremos y veneramos; hasta los dementes parece que se sienten atraídos a ella por una misteriosa simpatía.

—No soy un creyente — agregó, pensando que con eso sentaba plaza de espíritu fuerte,— ni tengo simpatía por los frailes y los santos, pero ante la virtud de sor Clara, me inclino y admiro. Hay más. Creo que por ningún motivo humano realizaría la repugnante tarea que desempeña con la naturalidad del que se entretiene en un pasatiempo agradable. Una

fuerza superior anima el alma de esa santa religiosa.

—Esa virtud es la caridad cristiana—observó César.—Sor Clara es la religión viviente. Su caridad para con esos desgraciados, es una forma de su amor al Cristo.

En el pabellón último había extrañas figuras de niños.

—El alcohol no sólo envenena y mata al que lo ingiere—explicó el maestro—sino a sus descendientes.

¡Cuántos niños se ven condenados a la desgracia porque sus padres fueron bebedores! No sólo se hereda la predisposición al hábito, sino la degeneración en todas formas. Aquí están como ejemplo, muchos de estos "idiotas".

En la galería del frente del pabellón, una fila de niños hacía contorsiones y gestos raros o daba gritos salvajes. Las caras deformadas indicaban la degeneración profunda. Los había con aspecto de animales, otros parecían viejos enanos. Echaban sin cesar saliva y mucosidades sobre los labios engrosados y tenían la lengua fuera. Su aspecto era repulsivo.

Podían clasificarse tres grupos: los idiotas propiamente dichos; los imbéciles, con un me-

nor grado de perturbación mental, pero con una verdadera perversión del carácter y los retardados o idiotas atenuados.

Muchos eran heredo-alcoholistas.

Cuando las estadísticas podían llevarse con prolijidad, la cifra de idiotas por herencia alcohólica, llegaba al treinta y cinco por ciento, al cuarenta y hasta el sesenta por ciento. ¡Qué decir de los descendientes criminales, alcoholistas a su vez y degenerados de todo orden!

—Los sentimientos de estos niños, reducidos al mínimum—dijo el director—permiten manifestar placer y dolor hasta en los más degradados. Lo traducen por risas y llantos.

Pocos llegan a adquirir cierta simpatía por determinadas personas, por más que el amor o la piedad sean sentimientos de los que no pueden tener idea.

Son de ordinario pusilánimes.

Una particularidad los caracteriza, y es la de poseer tendencias artísticas bastante desenvueltas; para la música, por ejemplo.

—¿Completan los cien, sor Adela?—preguntó a la hermanita, que con solicitud maternal levantaba en brazos uno de aquellos desdichados.

—Ciento cinco, en la visita de esta mañana —contestó dulcemente la religiosa.

—Algo se consigue—insistió el doctor Cardet—con la educación; pero en la mayoría de los casos debemos limitarnos a los cuidados materiales más simples.

¡Si hay sanciones para los que castigan un niño inocente, de cuál no serán pasibles los que les dejan esta herencia de muerte!

—Vamos, César—dijo Conrado fatigado por las emociones repetidas y la tensión continua de sus nervios. Los médicos están habituados a estas cosas, pero los profanos y los que entramos por primera vez, concluímos por agotar pronto la calma y la sangre fría.

—Hay otra categoría de locos alcohólicos—agregó el doctor, haciendo caso omiso de la nerviosidad de Conrado.—Son los "dipsomanos". Se distinguen de todos los otros en que los demás se enloquecen porque beben y éstos beben porque son locos.

Periódicamente sienten impulsos irresistibles de beber, luego vuelven a su estado normal.

. . . .

Conrado insistió en la retirada. Comenzaba a sentir vértigos y palpitaciones. Lagos buscó un pretexto y pudo cortar la conversación.

—No olvidaremos esta visita—dijo despidiéndose del maestro.—Es penosa e ingrata, pero saludable.

Los dos hermanos congratularon al doctor Cardet, por el orden, la disciplina, la higiene y corrección, que se observaba hasta en los menores detalles, cumplimiento que aunque merecido, llenaba de satisfacción al director y compensaba la molestia, que pudieron causarle los visitantes.

Cuando César y Conrado dejaron el hospicio era entrada la noche. Los focos titilaban lanzando grandes chispazos y los tranvías repletos conducían los obreros, de vuelta de su tarea diaria.

Dejaban a los locos y se mezclaban con los cuerdos.

—"No están todos los que son, ni son todos los que están"—dijo César, repitiendo la consabida sentencia, y pensando en algunos que tan razonables había oído dentro y en los que conocía fuera... tan locos.

CAPITULO XII

Aunque dominado por la pasión, influencias morales poderosas trabajaban el espíritu de Conrado, con tanta fuerza como el vicio y la voluntad debilitada le atraían en sentido opuesto.

El sentimiento religioso alimentaba el remordimiento. Había tenido principios cristianos en el hogar y en la escuela y la semilla quedaba latente en el alma. Al margen de la indiferencia fué siempre respetuoso, hasta en los momentos de mayor extravío.

La conducta de Estela era otro factor. Habíale perdido aquel cariñoso respeto, aquella deferente simpatía, traducida en los mil detalles de la vida diaria. Estela era la cautiva resignada. No la retenía el afecto de esposa, sino el sentimiento del deber. No el amor. sino el lazo que no podía desatar.

La fe sostenía las fuerzas de la niña, y la esperanza, una remota esperanza, alumbraba en su alma, pero cada día se apagaba más y más.

Era mujer y era débil. Era también la espo-

sa ofendida y ultrajada. ¡No había llegado hasta poner sus manos en ella!

Cuando algunas noches volvía del club con los ojos de loco y le faltaba al respeto, le daban ganas de huir. Sentía miedo, mucho miedo... y rabia... rabia ante aquel hombre que por entregarse al vicio, llegaba a tales extremos.

¡Temía que la matara! En los paroxismos de su extravío llegó a decirle... ¡qué la ahorcaría!... ¡y hasta había hecho el ademán!

Otra vez, tuvo que defenderse de su mano armada. Con un esfuerzo supremo, desarmó al borracho, que cayó pesadamente al suelo, babeándose la cara. Entonces sintió también repugnancia... ¡asco!... Resolvió irse... ¡Ya no podía más!

Al día siguiente, no sabía de donde sacó fuerzas para seguir apurando el cáliz. Lo hacía por su hijo. Aquel inocente tenía derecho a exigirle el sacrificio... ¡hasta el martirio!

Cuando fuera hombre, cuando tuviera conciencia y se hallara lejos de su padre... No. Esperaría. Para Dios no había imposibles. Redoblaría sus oraciones.

Los señores de Monseguir eran otra fuerza.

No escaseaba don Félix ni el consejo ni la amonestación. Los medios suaves, la violen-

cia, la amenaza. Lo echaría de su casa... Mal hijo... Corrompido... pero aquel niño inocente... se levantaba entre el abuelo y el padre. ¿Y no era él, acaso, culpable de la pasión de su hijo? No le había dado nunca un mal ejemplo, es cierto. Pero el secreto instinto que le aficionó a la bebida ¿no era su herencia?

¿No era culpable su mujer, que le apañaba sus faltas, que le llenaba inconsciente el bolsillo?...

¡El querido nieto!... ¡Si Conrado dejaba la casa se lo llevaría con él!... el primero... la alegría de los pobres viejos.

Don Félix no sabía qué partido tomar.

Con todo, parecía que Conrado entraba a escuchar razones. De mucho peso debían ser las de su padre, cuando en apariencia al menos, surtían algún efecto.

La influencia de César era un motivo más y poderoso.

Conrado respetaba a su hermano político. Reconocía en él superioridad de inteligencia y de carácter, porque, a pesar de su desvío, continuaba siendo de corazón generoso y de buena pasta. Era un vicioso, pero un vicioso más que por corrompido, por débil. Se dejaba llevar, pero no era reacio a la enmienda. En el

tiempo que llevaba de casado, casi cuatro años, a pesar de los extremos que había tocado, tenía sus intervalos de buena conducta. Sus paréntesis que alimentaban la esperanza de Estela y de los suyos. Todos pensaron que al nacer el hijo las responsabilidades de padre le abrirían los ojos. Pero la reacción fué efímera.

Estuvo César, a punto de romper toda relación con su cuñado, pero tenía sobre su hermana, desde que quedaron huérfanos, deberes sagrados. ¿Qué suerte iba a correr? ¿Cómo abandonarla?...

Optó por la prudencia y la calma.

Su hermano político era un enfermo, un caso de patología médica. Necesitaba tratamiento psicoterápico, tratamiento moral. Lo tentaría. Había tiempo para asumir actitudes irreparables.

La visita al hospicio fué también una pequeña dosis de contraveneno moral.

Para un hombre del temperamento de Conrado no podía serle indiferente, haber visto cosas tan desagradables. El desfile de locuras alcohólicas y la visión de las víctimas era impresionante.

La familia pesaba en su espíritu. El concepto moral que tenía profundamente arraigado,

la responsabilidad de su falta, no desaparecían a pesar de los sofismas y subterfugios con que creía acallarlos.

Una cosa era pensar en el club, inspirado por el alcohol, otra en su hogar, entre su mujer y su hijo; al lado de sus padres, en aquella casa que le merecía un respeto sagrado. En ella había nacido y crecido y tenía el deber de cuidar su nombre.

Cuando volvía con la cabeza fresca, tarde de la noche y entraba en aquel hogar, triste y silencioso, severo e imponente, en que le aguardaba la esposa, velando sobre su labor, con los ojos mojados de llanto... sin una protesta... sin una palabra... tenía verguenza.

—¡Soy un imbécil!—le oyó decir una noche Estela, mientras tiraba la ropa sobre una silla, para acostarse.

. . . .

—Te he dicho que no me esperes—gritó otra vez.—Que yo tenga que trasnochar, no es motivo para que lo pases en vela. Acuérdate de tu hijo.

—Por él lo hago. Cumplo mi deber—contestó ella secando sus lágrimas.

. . . .

—No voy,—respondió otra noche (la primera que quedaba en su casa después de seis me-

ses) al ordenanza del Cine Club, que le traía la invitación de los amigos. Y como el otro no entendiera la respuesta, que le parecía bien extraña, golpeando con el puño cerrado sobre la mesa de luz: — que no voy, te he dicho, zopenco, — gritó.

Otra vez invitó a pasear a Estela. Mucho tiempo hacía, que los esposos Monsegur habían desertado de las calles y de los salones.

La maledicencia ya los había tocado; las borracheras de Conrado y el disgusto que daba a su familia eran la comida de los corrillos.

"Es un perdido"... "Da mala vida a su mujer"'... "Está matando a sus pobres padres"... "Nadie se anima a confiarle sus pleitos".. Había sentado fama y la estaba gozando.

Más adelante, esa vez, con la justicia de su lado, tuvo en el club un incidente personal.

Bebía y jugaba en rueda de amigos, pero aquel día estaba de mal talante.

Al levantar la copa, recordó a su mujer... a su hijo. Entonces, poseído de una fuerza extraña, la retiró y con sorpresa de las caras aguardentosas y entre las risotadas de la rueda, la dió contra el suelo.

—Basta—dijo, levantándose.

Los del grupo se miraron. Notaban en Conrado cierta reserva, que les resultaba molesta y estaban prevenidos contra él.

—Está loco—gritó uno.

—Por primera vez estoy cuerdo—contestó Conrado, volviendo la cabeza.

. . . .

—Le han entrado escrúpulos — vociferó un jovencito de diez y ocho años, con aspecto de corrompido prematuro.

El grupo comentó el chiste y se oyó una carcajada.

—Se habrá confesado—agregó un calvo, de peluca tornasolada, con voz de falsete. Otra carcajada llenó la sala y los tertulianos de las mesas vecinas se acercaron a la rueda.

—San Luis Gonzaga—le gritó un chico, que había concluído el bachillerato en un colegio de jesuitas...

La broma se había cambiado en burla y la situación de Conrado resultaba molesta. Aunque era hombre capaz de tenerse tieso en los momentos difíciles, huía del escándalo. Más de una vez hubo de pagarla muy cara y... ya sabía él lo que era la cárcel. Le bastaba con la conferencia del profesor Herrera...

Esperó. La sangre le subía a la cabeza.

La farsa seguía.

—¡Imbéciles!—gritó Conrado, — no me provoquen.

—Cobarde, frailón — respondió en coro la rueda.

Conrado perdió el dominio. Antes de que las risas se apagaran se oyó en la sala el ruído seco de astillas que saltan y madera que se quiebra.

El calvo quedó en el suelo, con un silletazo en las espaldas, y el jovencito de los diez y ocho años escapó bajo una mesa, de la misma suerte...

Conrado seguía empuñando el respaldo de la silla y buscando a los otros tertulianos en actitud poco tranquilizadora, pero el campo estaba desierto. En un abrir y cerrar de ojos, la concurrencia se había evaporado.

—Bárbaro; ha sido una broma—gritó desde la pieza del lado el más moderado del grupo, que tenía algún ascendiente sobre Monsegur y no había tomado parte en... la cosa.

—Entonces, no hay que alarmarse—contestó Conrado, dejando la sala, sin que nadie se atreviera, ni entonces, ni después, a decirle una palabra.

La perspicacia de Estela, aguzada en la lucha, había anotado otros síntomas propicios. Saturado de alcohol y de placer, Conrado tendía, sin duda, a una evolución favorable. ¡Pe-

ro a qué ilusionarse! Lo mismo había ocurrido otras veces. Y estaba tan acobardada... y ofendida.

¡Aquella bofetada, aunque venía de un inconsciente... le quemaba todavía!

Cuando nació el hijo, cuando le vió arrimarse a la cuna y derramar algunas lágrimas sobre la mantilla, sinceramente creyó que terminaba su martirio. Ilusión pasajera. ¡La pasión era aún más fuerte que el amor, que las responsabilidades de esposo, de padre!...

Con todo... aquella vez... no sabía por qué, tenía más fe.

Eran pequeños detalles que ella espíaba con el alma en los ojos. Los excesos eran más raros, menos intensos. No la insultaba. Volvía tarde, pero no ebrio. La desesperación por salir de su casa se atenuaba. Algunas noches se acostaba temprano y leía. Acariciaba al niño. Se interesaba por los asuntos del estudio. Cenaba con la familia. El carácter se suavizaba.

El proceso era lento, pero el avance evidente.

La niña no se atrevía a creer. ¡Era posible! ¡después de cuatro años!

Ella, a su vez, cedía, se ablandaba. Entablaba algunas conversaciones. No sentía ya en el rostro la marca de la bofetada cobarde.

Una vez sorprendió a Conrado que la mira-

ba con ternura, como hacía mucho tiempo que no la miraba.

Confió sus esperanzas a César. También él había observado algo. Pero le hablaba por consolarla.

Para afirmar su confianza le refirió la escena del Cine, que conocía por uno de sus colegas. Luego, recuperaba su voluntad.

César repitió los consejos a su hermana, que nunca habían sido más necesarios. Que se mostrase afectuosa, paciente, prudente.. sobre todo prudente. Muchas desavenencias irreparables entre esposos, las causaba la poca discreción de la mujer. Los hombres no se ablandan por las malas.

Bastante había sufrido. Las impaciencias del principio, acaso, contribuyeron a que Conrado se echara en el mal camino.

Lo de su marido quizá—y aquí César procuraba engañarse a sí mismo—no era más que un mal cuarto de hora, en la vida de un joven sin experiencia.

Estela, reconfortada, abrazó a su hermano con cariño filial. ¡Si lo hubiera oído!

Encerrado en el museo, don Félix pasaba las horas en una postración alarmante. La decadencia física corría parejas con el achatamiento

moral. En balde quería sobreponerse, la pena lo vencía.

Cuando tuvo la evidencia de la pasión de Conrado, que le tocó ser testigo de su estado, de los abusos que avergonzaban a toda la familia y deshonraban el apellido, sintió un dolor tan grande que creía morir.

Perdió el humor y el apetito, dejó las tertulias de malilla y se refugió en sus aficiones de anticuario, en busca de aislamiento para una vida que se le hacía insoportable.

¡Aquél hijo! ¡Aquel doctor Monsegur, en quien tenía cifradas tantas esperanzas, por el que se había sacrificado tanto!

Pero hasta su manía de coleccionista había perdido el interés de antes.

La cabeza le flaqueaba, las manos se ponían temblorosas. Al armar un cigarrillo, el papel resbalaba de los dedos y se volcaba el tabaco. ¡Sentía una opresión!... ¡una angustia!... ¡unas ganas de llorar, siempre!...

Le entusiasmaba todavía una moneda, un mueble colonial, pero con el entusiasmo de un instante. Quedaba con la vista fija en un objeto, pero sin mirarlo, porque el pensamiento vagaba por otro lado.

La idea de su hijo ¡vicioso!... le asaltaba como una obsesión constante.

No era para menos.

Al final de la vida, cuando se prometía una vejez tranquila, descansando en aquel hijo predilecto, cuando tocaba el fruto de sus desvelos... la realidad, la cruda realidad... ¡qué distinta de lo que él la había soñado!

El señor de Monsegur estaba rendido.

¡Si se hubiera tratado solo de un traspiés!

El bebía. Mejor dicho, había bebido, porque desde que por la bebida se metió la desgracia en la familia no volvieron a mojar sus labios una gota de vino. Pero si la bebida llegó a ser un hábito, nunca fué un vicio.

Podía haber bebido, hizo mal, quizá, pero se mantuvo siempre dentro de su rango de hombre decente, de jefe de familia modelo y acreedor a las consideraciones sociales.

La señora María no perdía la esperanza. Las mujeres encuentran fuerzas en la misma debilidad. Con su carácter bondadoso, inalterable, esperaba y oraba.

En su sencilla psicología no hallaba cabida la idea de aquel hijo perdido. ¡Eran ertravíos de la edad! Cuando llegara a los treinta, asentaría el juicio. Su marido no podía ser tan exigente cuando se mostró indulgente con él mismo.

Don Félix se indignaba, ante los ensayos, no

de defensa, que no podía tenerla, pero si de explicación, de la señora María.

—¡Es lo que faltaba! que pretendas disculpar a tu hijo!

Cuando el anticuario, en vez de nombrar a Conrado en las conversaciones con su mujer, decía "tu hijo", era porque las cosas andaban muy tirantes.

—Esas condescendencias—decía fuera de sí—son la causa de que el muchacho sea un perdido... Cuando le mandabas dinero sin mi consentimiento, cuando le "tapabas" las faltas, cuando lo mimabas como a un chico, le estabas "preparando" su porvenir.

—Ahí tienes los resultados. ¡Y venirme todavía con explicaciones... y con esperanzas!

Eres incorregible. Todo lo ves o quieres verlo a tu modo. Cuando la casa se viene abajo, te quedas como si tal cosa ocurriera.

—Déjame con mi ilusiones, — respondía la señora María, con la calma inalterable que sacaba de sus casillas a don Félix. — Por todo desesperas. ¡Si no pareces cristiano, hombre! Te empeñas en mirar todo por el lado malo y... extremo por extremo, me quedo con el mío. Ya veremos quién tiene razón.

El anticuario movía la cabeza, se pasaba una mano por la frente y salía arrastrando los pies

en dirección a su museo. Discutir con mujeres, con su mujer, sobre todo, le parecía tiempo perdido.

El niño crecía y la alegría como un rayo de sol asomaba de nuevo, en aquella casa. Su risa inocente y pura caía en los corazones de la madre y de los abuelos como un rocío benéfico.

Cuando aquella sentía desfallecer sus fuerzas, cuando los viejos silenciosos, esquivando las miradas para no agrandar el dolor, dormitaban al lado de la estufa en las tardes sin fin, de aquel invierno ¡tan frío! porque el frío estaba en las almas... una sonrisa, de su boquita, que empezaba a poblarse de dientes, era como la luz que disipa las nubes...

Iba a cumplir un año. El primero de la vida.

Las tres almas acariciaron el mismo pensamiento. Celebrar la fecha querida. ¿Por qué pagaría aquel inocente las culpas del padre? Que él faltara; quedaban la madre y sus viejos. ¡Quién sabe si volverían a encontrarse después de otro año!

Sin hablarse, cada uno por su lado, pensaba en el obsequio.

La señora María, encargada de la ropería del nieto, buscaría un vestido. Un vestido

blanco de seda, para empaquetarlo en los días de fiesta y llevarlo de visita a las casas de la familia.

Don Félix interpretaba las tendencias varoniles. Compraría en la juguetería el mejor caballo. Un caballo con arneses, listo para montarlo, que se balanceara sobre dos barrotes de madera.

La madre... pensaba en otro recuerdo. Que durara para siempre, como era su cariño de madre. Ella no viviría mucho tiempo así, las penas minaban su organismo. Que su hijito lo tuviera siempre consigo.

Que a la vez que recuerdo de madre, fuera un llamado constante al sentimiento cristiano. ¡Para que no olvidara nunca, a su madre y a su Dios!

Era una medalla. En el anverso con la imagen de Jesús y la leyenda "venid a Mi, los que sufrís"... en el reverso, el nombre y la fecha. La pondría al cuello de su hijito.

Ella tenía otra igual. La acompañaba y consolaba en sus angustias. ¡Cuántas veces la oprimía a través de la bata, implorando al Consuelo de los afligidos!

Pasaron ocho días y al siguiente era la fecha esperada. ¡Qué triste para ella! ¡Qué santa

envidia tenía por otras madres, por otras esposas amigas, más felices! ¿Hasta cuándo duraría su martirio? Las esperanzas que acarició volvían a abandonarla... ¡Conrado!... ¡Cuando volvería!...

Iba a ser media noche. Dejó el estuche con el obsequio sobre la mesa de luz y se durmió.

Conrado volvió del club con la cabeza despejada, después de sonadas las doce. Como otras veces le había sucedido, estaba triste, con una tristeza indefinida. Tenía hastío de la vida. Creyó encontrar en el placer un ideal, pero a poco se convenció del error y volvió a sentir necesidad de calma, de hogar, de trabajo, de goces del espíritu. Los placeres le aturdían momentáneamente... pero luego... ¡qué vacío en el corazón!... ¡qué esterilidad!... Como no estaba encanallado, como en el fondo quedaba la buena semilla, los sentimientos nobles, la reflexión, cabían.

¡Cuánto podían en ello los ruegos de la madre, las súplicas de la esposa, el ejemplo de César, la educación primera que recibió en el hogar!

El proceso había sido muy lento. Estuvo a punto de perderse para siempre, pero desde hacía un año, él mismo notaba la evolución,

Era difícil reaccionar cuando se ha descendido tanto... pero muchas veces del exceso del mal, sale el remedio.

Sin saberlo, estaba próximo a la crisis. Como esas enfermedades graves que curan de improviso, porque el organismo elimina súbitamente la causa, su enfermedad moral se acercaba al fin.

Entró en puntas de pies. Hacía mucho tiempo que no tenía aquellos miramientos con su esposa.

Acercó el reloj a la lámpara que alumbraba sobre la mesa de luz. ¡La una de la mañana!

Allí estaba el estuche, forrado de terciopelo verde, dejado por Estela.

Examinó la medalla y leyó: "Conrado Félix Monsegur" "3-10-190..."; al otro lado: "Venid a mí, los que sufrís"...

El corazón le dió un golpe en el pecho.

¡Su hijo!... por primera vez, al pronunciar aquella palabra, sintió todo el peso de su responsabilidad y vió claro en el porvenir. ¡Y mañana! cuando creciera, ¡su ejemplo!... ¿tenía derecho de corromperlo?... ¡llevaba su nombre, el nombre de su padre, el apellido Monsegur que su familia había hecho respetado y honrado!...

Iba a cumplir un año. En esa fiesta, él era un extraño. El, el padre... desnaturalizado.

El recuerdo de la esposa le llegó al alma ¡En aquella medalla estaba escrita su vida! ¡Sufría, y sufría por él... que había faltado a su compromiso de honor, que había engañado a una mujer, a la suya propia... ¡miserable! ¿En qué quedaron sus protestas?... Si no tenía fuerzas para proceder como un caballero, ¿por qué fué tan vil con Estela?... No fué su propósito, si, creyó sinceramente en sí mismo... pero, entonces ¿por qué no hacía honor a la palabra empeñada?... ¡cobarde!... que hasta había llegado a poner las manos en su mujer!... La conciencia de Conrado seguía haciendo el proceso...

¡Y sus padres! ¡aquellos pobres viejos!. .. su padre ante todo, que declinaba rápidamente por su culpa... con las espaldas cargadas, el ceño plegado, las piernas temblorosas y aquella bronquitis crónica... ¡incurable!

Y su casa... ¡desquiciada! ¡arruinada!...

La campana de la catedral sonó la hora.

Estela dormía. La luz amarillenta acentuaba las sombras de su perfil y destacaba la palidez de su cara; grandes ojeras todavía húme-

das rodeaban los párpados. Seguía siendo hermosa, con la hermosura del dolor.

En la cuna, el niño soñaba con los ángeles.

La emoción de Conrado crecía por instantes.

Su mirada iba de la madre al hijo y del hijo a la madre, su pensamiento a los padres, al porvenir... a su familia, a su casa...

¡Qué dulce tranquilidad, qué paz se respiraba en aquél ambiente! ¡Cómo contrastaba con la vida enloquecida! ¿No era un imbécil? ¿No era criminal su conducta? ¿Hasta cuándo aquélla vida de desorden, de estúpidos placeres, de bajos apetitos?...

¡Con un acto de voluntad bastaba! ¿Sería tan cobarde para no hacerlo?...

Su mirada tropezó con la "madona" del Niño en los brazos. Le pareció que le pedía cuenta... ¡Aquel Niño que un día había de ser su Juez!

....

En el silencio de la noche, se oyó un acceso de tos. Una tos convulsiva y hueca de viejo bronquítico, cavernoso y agotado.

—Mi padre — exclamó sobresaltado, acercándose a la ventana y mirando los cristales iluminados del dormitorio del señor de Mon-

segur. ¡Sufre por mí! ¡Si muriera con el dolor de creerme perdido!...

Se apartó de la ventana y volvió a contemplar a su hijo.

Una inquietud profunda lo agitaba. Algo como un sollozo quería escapársele de la garganta... el corazón golpeaba con fuerza, las sienes le oprimían... el pulso latía aceleradamente... los ojos se hinchaban.

Un arrepentimiento hondo, íntimo sincero, le embargaba. Una pena intensa, un dolor agudo, una contricción de esas que borran todas las faltas.

Veía su vicio y un odio santo nacía en su alma.

Una compasión grande, un cariño entrañable, un amor nuevo.... por aquella esposa... por aquel hijo... por sus pobres padres ofendidos... viejos... enfermos.

¡Sentía ansias de pedir perdón!... ¡Quería rezar!...

Del fondo del pecho, algo parecía subir, mezcla de dulzor y de amargura, que le llenaba el alma. Todo él se sacudía, hasta lo más recóndito. Como en la hora de la muerte, todo el pasado borrascoso, venía a la memoria....

No pudo resistir más.

Cayó de rodillas, hundió la cabeza en la al-

mohada... y lloró. Lloró como nunca había llorado.

El llanto desbordaba como una fuente y en cada lágrima, le parecía que salía de su alma una culpa.

Aquellas lágrimas lavaban, ¡lavaban sus faltas! Una fuerza misteriosa le asistía, un algo sobrehumano, desconocido; una gracia extraordinaria.

Recobraba de lleno su voluntad. Tenía la conciencia de que esta vez—la primera—acababa de arrancar de raíz su pasión. No retoñaría más...

Así quedó largo rato, agotado por la crisis, desfallecido por la emoción. La regeneración había comenzado...

Después de una hora se incorporó. Tenía la evidencia de ser otro hombre.

Había vencido. El deber y el amor, fueron más fuertes que el vicio.

La casa de Monsegur estaba de fiesta. El niño cumplía su primer año.

El antiguo salón colonial, respiraba alegría sana y paz de la familia.

Presidían los viejos, que reían como niños. La señora María, con aire de triunfo miraba a su compañero, como si preguntara "¿tenía